

100 LIBROS BRUJERA

PUNTO

ROJO

LA MUERTE AFILA SU GUADAÑA

Alf Regaldie



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE SERIE ROJA:**

1.308. - La muerte cabalga por la pradera

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.369. - La hora de los muertos

En Colección **BÚFALO:**

997. - Club de asesinos

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

908. - Caravana mortal

En Colección **CALIFORNIA:**

898. - ¡Cuidado, Morgan vuelve!

En Colección **COLORADO:**

1.014. - Cerco de tierra

En Colección **BRAVO OESTE:**

587. - La ley de los ambiciosos

En Colección **PUNTO ROJO:**

782. - El rostro de la muerte

En Colección **ASES DEL OESTE:**

661. - Sorpresa en la noche

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

328. - Sheriff acosado

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

229. - Honorable salteador

En Colección **KANSAS:**

990. - La ruta de Dodge

ALF REGALDIE

LA MUERTE AFILA SU GUADAÑA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 791
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 16.741 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1977

© Alf Regaldie - 1977

texto

© Miguel García - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Mi compañero Harold Perkins y yo estábamos más bien aburridos. Parecía como si los hampones, los escandalosos y los locos, toda esa fauna que promueve incidentes, se hubiese declarado en huelga.

Y nosotros no teníamos ningún trabajo.

En el límite de la zona por la que nos correspondía patrullar, había una pequeña playa que se dominaba desde lo alto, por donde discurría la carretera.

Una pequeña playa a la que a veces iban chicas muy atractivas a zambullirse y a tomar el sol.

Saqué el coche patrulla de la carretera para que no estorbase y salté de él.

Unos metros más adelante de donde nos habíamos detenido, la carretera formaba una curva y tenía una protección metálica. Era el lugar ideal de observación; y caminé hacia él.

Sufrí una decepción. En la playa, que quedaba escasamente tres metros más baja que la carretera, no había nadie.

Las bañistas estaban también de huelga.

Escuché la risa burlona de mi compañero Perkins, que me había seguido.

Y de pronto, ¡zas!, la sorpresa.

Las olas, suaves, sin fuerza apenas, empujaban hacia la playa un cuerpo.

Sí, lo han adivinado; Un cuerpo muerto.

Perkins exclamó:

—¡Es una chica!

Convencidos ambos de que no había nada que hacer en favor de ella como no fuese darle sepultura, corrimos hacia la playa, salvando la altura de tres o cuatro saltos, y luego la distancia hasta la orilla, en escasísimo tiempo.

No tuvimos necesidad de meternos ni siquiera hasta la altura de los tobillos.

Un último embate del mar había hecho que el cuerpo varara en la arena, aunque dentro del agua aún.

Perkins la tomó de un brazo, yo de otro y tiramos de ella.

Una vez la tuve afuera, me incliné sobre su pecho. Nada. Aquello estaba completamente parado.

—Debe de llevar muerta algunas horas.

—Sí, es cierto —admití—. Habrá que avisar.

—Era hermosa —dijo Perkins.

—Y muy linda...

La chica, una rubia de piel blanca, suave, no llevaba más prendas que un escueto «tanga». Y sus senos, juveniles, pujantes, quedaban al aire.

—¿Piensas que se ha ahogado?

—¿Puede ser otra cosa?

—No. Tienes razón...

Perkins estaba absorto en la contemplación de la chica. Yo lo comprendía. La belleza de la chica era subyugante aun muerta. Y a uno le dolía por partida doble que tanta juventud, tanta belleza, hubiese sido destruida. Porque dentro de poco no sería prácticamente nada.

—Voy yo —dije.

—No. Me impresiona quedarme solo con ella. Si no tienes inconveniente...

—Ninguno... Pide aunque sea una sábana para cubrirla, una vez hayas avisado. No lejos está ese motel. Yo pagaré la sábana.

—Descuida...

Perkins dio la impresión de que estaba como embrujado. Y hubo de realizar un esfuerzo sobre sí mismo para alejarse de allí.

Una vez consiguió despegarse, marchó corriendo. Le seguí con la mirada y vi cómo llegaba hasta el auto patrulla, desde el cual pidió ayuda.

Seguidamente se puso al volante y salió disparado en busca de la sábana que yo le había encargado.

Llevaba conmigo mi máquina fotográfica. Y cuando Perkins hubo desaparecido en el auto, tiré tres fotos de la muerta. Concretamente de su cabeza: de perfil, de frente y un tres cuartos.

Me consideré satisfecho con aquello.

Me quedé aguardando junto a la impresionante belleza de la rubia muerta.

«¿Quién la lloraría? ¿Quién la echará de menos?», me pregunté.

Porque los seres humanos, íntimamente, estamos solos en muchas ocasiones.

Pero socialmente estamos encadenados a otros seres humanos por lazos familiares, por simples lazos de amistad o de compañerismo.

Miré para la rubia. Daba la sensación de que había muerto agotada por el esfuerzo, asustada porque veía llegar la muerte de manera inevitable.

¿Por qué arriesgó de aquella manera?

No me cabía en la cabeza que hubiese sido arrastrada hacia el interior del mar por el oleaje. El mar había estado en calma desde hacía horas. ¿Qué digo horas? Desde hacía días.

Y tanto las corrientes como el viento la habrían ayudado a salir en el caso de haber entrado demasiado.

Una chica joven, fuerte, que debía saber nadar. Situándose boca arriba, sin apenas esfuerzo, habría podido salir perfectamente.

No, aquello tal vez no era un accidente, a pesar de que todo se confabulaba para que apareciese así.

Claro que, en mi ánimo, pesaba el hecho de que en un lapso relativamente corto de tiempo, habían aparecido por diversos puntos del litoral, aunque en un espacio no mayor de diez o doce millas, otros cadáveres en circunstancias parecidas.

Todos ellos de chicas, lindas, muy atractivas. Y todas vistiendo un escueto «bikini» o un «tanga», como aquél, con los pechos desnudos o apenas cubiertos.

Recibí la sensación de que alguien me espiaba.

Me volví a mirar en dirección a la carretera. No vi a nadie.

Sin embargo, bastante más lejos, a la otra parte de la carretera, entre el arbolado, me pareció ver brillar algo. Como si me estuviesen observando con gemelos.

Brillo que desapareció rápidamente, tan pronto como miré hacia allí.

Preferí no darme por enterado y obré con naturalidad, como si en mi ánimo no se albergase la mínima sospecha.

Pensé que resultaría totalmente inútil correr tras el ser que se pudiera ocultar tras los gemelos. No le podría dar alcance. Y tenía que abandonar lo que era el servicio.

No tardó en llegar Perkins con una sábana, muy usada, pero que servía.

Entre los dos cubrimos el cuerpo de la chica y sujetamos la fina tela.

—No me han querido cobrar nada cuando se enteraron de cuál era su final.

—Siempre hay gente buena y comprensiva, Perkins; afortunadamente no todo es basura, ni mucho menos. Aunque la basura se vea mucho, demasiado —le dije.

—Eres todo un filósofo.

—¿Qué hay del aviso?

—No creo que tarden en llegar...

Tal como dijo Perkins no tardó en llegar el equipo sanitario con la furgoneta. El forense, tras rápido examen del cuerpo de la chica, dictaminó:

—Lleva muerta más de tres horas. Lo concretaré después de la autopsia.

No me lo dijo a mí, sino al teniente que también había acudido.

El teniente Power sonrió al darse cuenta de que yo estaba pendiente de las palabras del médico.

Y Power se dirigió a mí.

—¿Conocía a la chica, Lowell?

—No, señor.

—Pero le interesa el caso.

—Todo lo que sea de nuestra competencia me interesa —respondí en tono que hice impersonal.

Pero yo sabía que no engañaba al teniente.

El médico me miró. Parecía asombrado.

Y me preguntó:

—¿Piensa en que puede haber sido un crimen?

—¿Y por qué no?

Y a continuación, tanto al teniente como al médico, hice partícipes de mis ideas sobre la cuestión.

El teniente Power reflejó preocupación. Era de los que creía en mis corazonadas, como él las llamaba.

Yo había estado en la brigada antidroga y lo había tenido como jefe durante una temporada.

El médico se encogió de hombros.

Por su parte Power me dijo:

—Cuando termine el servicio, si le interesa, pase por mi oficina. Tendrá a su disposición el informe del forense.

—Gracias, señor.

El rostro del médico reflejó aún mayor asombro.

Aproveché la buena disposición del teniente Jack Power para pasar por su oficina cuando hube terminado mi servicio.

Recibí la impresión de que me estaba esperando, pues, apenas entré, me alargó el informe del médico.

—Nada de violencia. Corte de digestión. Agua en los pulmones...

—¿Bebida alcohólica?

—Ni rastro de alcohol, ni en la sangre ni en los alimentos. Ninguna sustancia tóxica.

—Sin embargo...

—Sin embargo, usted no cree en que haya sido un accidente.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Éste es el quinto cadáver en poco más de cuatro meses. ¿Cuántas horas llevaba muerta?

—Entre cuatro y seis...

—Pongamos cinco. La hemos descubierto a las nueve aproximadamente...

—Sí...

—La muerte se produjo a las cuatro de la madrugada, ¿no es así?

—Sobre poco más o menos.

—¿Cree que una chica sola va a bañarse a esas horas?

—¿Quién sabe? Tal vez estuvo con alguien en un baile... Y luego, en lugar de ir a dormir, fue a bañarse.

—Sí, cabe. ¿A pie?

—No. Allí cerca hay un par de lugares en los cuales se baila, se come y se bebe... Y se duerme.

—Ya los he investigado. Nadie la vio...

Comprendí que no le había hecho gracia que investigase por mi

cuenta. Pero no dijo nada, limitándose a sonreír.

—¿En dónde ha quedado la ropa de ella? ¿En dónde su documentación?

—Sí, también me he hecho yo esas preguntas... En los casos anteriores tampoco apareció nada...

—Salvo en una ocasión. Su ropa y documentación estaban ocultas entre unas rocas, no lejos del lugar en donde había sido encontrado el cadáver.

—Buena memoria, Lowell.

—La muerta se llamaba Karen Fulton y trabajaba en una agencia de turismo. Huérfana, sin familia conocida. Nadie se preocupó de ella...

—Cierto... —admitió el teniente.

—Hacía vida muy independiente. Le gustaba divertirse, pero no fallaba jamás en su trabajo.

—Sabe usted mucho...

—Investigué también; pero en aquellos días salió el asunto de Le Brock, que requirió todo mi tiempo; y terminé con mis huesos en el hospital...

—Y eso no se olvida... —dijo Power sonriendo.

—Pues no.

Di por descontado que no tenían en el departamento ni idea de quién era la rubia fallecida. Pero pregunté.

La respuesta fue:

—Ni idea, a pesar de que se ha pedido informe incluso al registro central de huellas.

Me encogí de hombros y di las gracias al teniente.

Seguidamente le informé:

—Mientras me quedé solo con ella, me estuvieron observando con ayuda de unos gemelos, desde lejos, tras la protección del arbolado que hay a la otra parte de la carretera.

—No me había dicho nada de eso...

—Por lo mismo se lo digo ahora, teniente.

Siguió un lapso de silencio.

Fue el propio teniente Jack Power quien lo rompió para decirme:

—Aunque es innecesaria la recomendación... No me descuide el servicio. Sea prudente. Porque como no voy a poder evitar que

usted investigue...

Dejó la frase en el aire.

Yo concreté:

—Tendré cuidado de que usted no se entere, señor. Mejor aún, que nadie se entere...

—Me alegraré de ello. Si cree que eso puede estar relacionado con el tráfico de drogas y quiere volver a la antidroga, no tiene más que decirlo...

—Ya sabe que me marché asqueado de allí. Había compañeros extraordinarios, pero...

—Le entiendo, Lowell. Mucha suerte.

—Gracias, señor.

Salí de la oficina. Sentía prisa por llegar a mi pequeño apartamento en el cual tenía mi laboratorio fotográfico y otros útiles de trabajo que consideraba necesarios.

CAPÍTULO II

Logré buenas copias de las fotografías obtenidas.

Luego traté de imaginarme a la espléndida rubia llena de vida, con los ojos abiertos a la curiosidad, con los cabellos bien peinados, jugando al aire.

Sí, llegué a imaginármela bailando, vestida con una transparente blusa y una larga falda de muchos colores, abierta, muy abierta.

Y volví a mi trabajo, sin apenas prestar atención a los bocadillos y la cerveza que me había preparado.

Sobre varias copias hechas en papel mate especial, y de débil impresión, comencé a dibujar tomando sus facciones, la arquitectura de su cabeza y poniendo yo la vida, la luz de sus ojos el movimiento de su rubio cabello.

Soy un dibujante aceptable, manejo bien los lápices y la aguada. Y logré seis dibujos, dos de cada enfoque.

Servían los seis, pero elegí en principio tres. Uno de cada toma.

Seguidamente me puse a escribir.

Sí, un artículo. No soy periodista, pero colaboro en un periódico de gran tirada de Los Ángeles.

Firmo con un seudónimo que puede parecer pretencioso, pero que, para el caso, vale: Argos.

Repasado el artículo, tomé una fotografía de la rubia tal como había salido del agua y su dibujo correspondiente.

Ambos ilustrarían mi artículo en que relataba el hallazgo, dándole un tinte ligeramente sensacionalista.

Aquello, aparte el ingreso en metálico que para mí significaba la colaboración, podía ayudarme en mi trabajo.

Me deseé suerte y, tras vestirme de calle, salí de mi apartamento para dirigirme al periódico.

Tenía una hora límite si quería que mi artículo saliese en la edición de la mañana siguiente.

Y no me sobraba el tiempo.

Cuando tuve la seguridad de que nadie reclamaba a la chica, pedí permiso al teniente Power. Y me encargué de que ella tuviese un entierro digno.

Un entierro que logré se realizase la tarde siguiente, para no tener que pedir permiso.

Y también para dar tiempo a que, si alguien reconocía a la chica por mi artículo del periódico y las fotografías, pudiese actuar.

Ni que decir tiene que, aparte el sacerdote y los enterradores, no había nadie más en el cementerio para el entierro de la rubia.

Bueno, estaba yo. Pero me situé en un lugar discreto que me permitiese ver sin ser visto.

Y por fin, cuando la ceremonia iba por más de la mitad y habían descendido el ataúd a la fosa, descubrí a alguien que se acercaba al lugar.

Se trataba de una linda chica de pelo negro, grandes ojos claros, muy expresivos y tez ligeramente morena, de un moreno dorado, muy limpia, hasta el punto de dar la sensación de que era transparente.

Poseía una linda y armoniosa figura, vestía con extremada sencillez, prendas juveniles, de corte muy moderno.

Y tenía una gracia inimitable para andar, para desplazarse con movimientos que, en ocasiones, resultaban felinos.

La linda morena, llorosos los ojos, se mantuvo inmóvil presenciando la ceremonia, cuidando de no estorbar.

Llevaba un pequeño ramo de flores que, cuando la tumba hubo sido cubierta, depositó sobre ella, con movimiento en que se reflejaba conmiseración y ternura.

Yo también había llevado unas flores.

Y en aquel momento salí de mi puesto de observación para depositar mis flores junto a las de la linda morena.

El sacerdote y los enterradores se retiraban ya, sin preocuparse en absoluto por nosotros.

Ellos habían cumplido ya con lo suyo.

La linda morena me miró. Me di cuenta de que estaba asustada y sorprendida.

Y me apresuré a tranquilizarla, diciendo:

—No temas... Soy el policía que descubrió su cadáver...

Me miró con expresión recelosa.

Y preguntó:

—¿Y es usted quién se ha encargado de su entierro...?

—Sí...

—No sabía que la policía se preocupaba ahora de esos detalles.

—He sido yo, particularmente y, para ello, he pedido permiso a mis jefes. Puedes comprobarlo...

—No tengo nada que comprobar.

—Confiesa que sientes miedo...

—Bueno... Tanto como miedo... —dijo.

Yo proseguí hablando:

—Me dio mucha pena. Sé que no tiene a nadie. Ni siquiera se sabe quién es. Tan joven, tan linda... Y los policías también tenemos corazón.

—He sido una tonta. Perdóname...

Comprendí que se esforzaba en alzar una barrera entre los dos con aquella ceremoniosa manera de tratarme.

—No tienes nada que perdonar... Ni siquiera esa desconfianza que sientes hacia mí. Y que no deja de ser natural.

Comprendí que había conseguido desconcertarla.

Habíamos iniciado el camino hacia la salida del cementerio.

—¿De qué trabajas? —pregunté.

—Estudio. E intento ser periodista.

—Ya tenemos algo que nos une. No soy periodista, pero colaboro en un periódico.

Volvió a mirarme con desconfiada expresión.

Yo, sin darle importancia, proseguí:

—Firmo con un tonto seudónimo, Argos. El artículo es mío...

Mientras hablaba, había sacado un sobre de un bolsillo. Y del sobre las fotografías y los dibujos que llevaba en él.

—Hice las fotografías cuando descubrí su cadáver. Luego he intentado darle vida en estos dibujos.

Sentí que desaparecía su recelo y que comenzaba a experimentar admiración hacia mi persona.

—¡Pues lo has conseguido! —exclamó—. Ella era así.

—Ni que decir tiene que la conocías.

—Sí, la conocía. ¿Por qué crees que he venido? —preguntó.

Era estupendo. La barrera de frialdad había sido derribada.

—Cuando te he visto llegar he supuesto algo así...

Llegábamos a la puerta del cementerio.

Y de nuevo recibí la impresión de que alguien, desde lejos, nos estaba observando.

No quise decir nada a la linda morena. No quería asustarla.

Ella dijo entonces:

—Siempre leo tus artículos. Lo haces bien.

—Gracias. Es mi afición y la llevo con gusto, aparte proporcionarme algún dinero.

—Yo gano escasamente para ayudar a mis estudios junto con lo que me mandan mis padres.

—¿De dónde eres?

—De Lander, en Wyoming. Y llevo sangre india en las venas —respondió con expresión casi agresiva.

—No tengo prejuicios raciales. Las personas me importan por sí mismas, por lo que piensan y lo que hacen —repliqué hoscamente.

Ella me miró sorprendida.

Seguidamente pregunté:

—¿Ella tenía familia?

—Puede... No lo sé.

—Pero la conocías.

—Incidentalmente, sí.

—¿Os hospedabais juntas?

—Habíamos compartido un hospedaje. Pero luego cambió...

—No tenía la documentación en regla.

—No tenía ninguna documentación.

—¿Extranjera? —inquirí.

—Yugoslava. ¿Saber eso te puede ayudar en algo?

—¿Y por qué no? Todo puede ayudar.

—Se llamaba Tania Kovaks. Aunque ella se hacía llamar Anne Ray.

—Entró clandestinamente en el país.

No era una pregunta, sino una afirmación.

Y la linda morena lo confirmó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿No tienes idea de quién la introdujo? Hay agentes que se dedican a tales cosas.

—Tengo la impresión de que entró como turista, aunque jamás

se confió a mí en tal sentido —me respondió mi acompañante.

Habíamos salido ya del cementerio y llegado hasta el lugar en donde había quedado aparcado mi coche.

—¿Tienes coche, o debes tomar el autobús?

—Tomaré el autobús. Me dejé mí «Jaguar» en el garaje, debajo de la cama —bromeó la chica.

—Te llevo... Si es que no desconfías de mí.

—No desconfío, al menos hasta tal extremo...

En aquella ocasión fue capaz de sonreír. Tenía una sonrisa simpática, graciosa. Y se lo hice notar.

—Deberías sonreír con más frecuencia.

—La verdad es que no tengo demasiados motivos para sonreír.

Seguía viviendo en mí la misma impresión. Nos espiaban.

Ayudé a mi compañera a subir al coche, y por mi parte me situé tras el volante.

Antes de realizar el encendido, le pregunté:

—¿Tienes inconveniente en decirme tu nombre?

—Ninguno. Me llamo Gene Forest.

—Yo me llamo Terry Lowell —me presenté.

—Me gusta más que tu seudónimo. Y podrías firmar muy bien con él.

—Es una idea.

Yo no tenía prisa en arrancar. Valiéndome del retrovisor y de movimientos naturales, trataba de descubrir al espía o espías.

En el exterior del cementerio, aparte mi coche, quedaban otros dos en espera de ser ocupados.

Y uno de ellos llamó poderosamente mi atención. Podía pertenecer a los fulanos que nos espiaban; pero me quedé con las ganas de descubrirlos.

No quería asustar a Gene ni tampoco dar la sensación de que sospechaba algo.

Y arranqué al fin, alejándonos del cementerio.

Caminamos en silencio durante un buen trecho. Nos observábamos.

Sin embargo, dije al fin:

—Hace algún tiempo apareció el cadáver de otra chica. Y no es la única junto con ésta. Se llamaba Karen Fulton y trabajaba en una agencia de turismo.

Los párpados de Gene se movieron rápidos y al fin aparecieron sendas lágrimas en sus ojos.

Tal que si no me hubiese apercibido de ello, proseguí diciendo:

—En aquella ocasión investigué también. Pero estaba trabajando en un asunto de tóxicos, que resolvimos, pero que me retiró al hospital. Eso me impidió seguir mis pesquisas. Lo sentí bastante.

Teniendo en cuenta la reacción de Gene, llegué a la convicción de que ella conocía a Karen.

Y aguardé su confidencia, pero fue en vano.

—En aquella ocasión se encontraron las ropas y documentación de Karen Fulton. Estaban escondidas entre unas rocas, como si ella las hubiese dejado allí antes de entrar en el mar.

Gene permanecía silenciosa, con la mirada fija en el morro del automóvil que nos conducía.

Una mirada al retrovisor me hizo ver que el automóvil que más me había llamado la atención, nos seguía de lejos.

Aminoré la marcha para que nos pudiesen alcanzar.

Pero ellos hicieron lo propio, manteniendo distancias.

Poco después pisé el acelerador casi a fondo y los dejé atrás. Yo conocía bien el terreno y no tardé en despistarlos una vez hubimos entrado en la ciudad.

—La agencia de turismo en que trabajaba Karen Fulton se llama La Gaviota. ¿Has oído hablar de ella? —pregunté.

Tardó en responder mi linda acompañante. Cuando lo hizo fue para decir:

—Tengo idea de que he oído hablar de ella. No sé en dónde. Tal vez en algún anuncio...

—¿Tania no te la nombró nunca?

Volvió a parpadear. Y respondió:

—No, que yo recuerde.

Lo dijo en un tono en que daba la sensación de que no le gustaba mentir; y la segunda parte de su frase parecía querer paliar su negativa, una negativa que interiormente no acepté.

Habíamos llegado a la dirección que Gene me había dado y detuve el coche.

Ella pareció tener prisa en apear-se. Y yo le pedí:

—Un momento por favor.

—Extraje una tarjeta de mi cartera. Iban mi domicilio y teléfono

particular, así como el lugar en donde prestaba servicio y el correspondiente teléfono.

—Si me necesitas y no estoy ni en casa ni en la comisaría, puedes preguntar por el teniente Power y darle para mí el recado que sea.

—Gracias.

—¿Cuándo puedo verte? Me gustaría ser tu amigo.

—Ya eres mi amigo... Tal vez te telefonee.

Volvió a sonreír cuando me tendió la mano en señal de despedida.

CAPÍTULO III

En los días que siguieron, los hampones, los escandalosos y los locos, toda aquella fauna a que hice referencia, dieron la sensación de que se habían puesto de acuerdo para no dejarnos tranquilos un momento.

Los servicios se sucedían.

Es decir, había terminado la «huelga», si es que alguna vez la había habido.

Y por tal motivo apenas si pude ver a Gene un par de veces. Una de ellas, a la salida del periódico en donde le admitían algunos de sus artículos.

Me costó algún trabajo que aceptase mi invitación para merendar juntos.

No le pregunté nada; la dejé hablar.

Intenté provocar sus confidencias hablándole de mí. Pero ella se mostró bastante hermética en lo que a su persona se refería. En especial, en las facetas que más me podían interesar.

Sin embargo, supe que tenía un carácter firme, que era leal y muy sensible a la amistad. Y que tenía un sentido muy personal y un tanto primitivo de la justicia.

Pensé que ella era de las que, en un momento dado, podían cultivar el «Ojo por ojo y diente por diente».

Y este convencimiento provocó en mí una viva inquietud.

Porque aquella chica comenzaba a interesarme profundamente.

La segunda vez que la vi, se me escurrió. Y tuve la impresión de que lo había hecho adrede.

Sin embargo, yo estaba seguro de que, cuando había dicho que era mi amiga, había sido sincera. Me consideraba amigo.

Y eso valía.

Así pues, ¿por qué me había esquivado?

Mi renuncia a la policía causó no poco estupor al teniente Jack Power, el cual, cuando se enteró, me rogó que fuese a verle.

Y fui a su oficina. No tenía por qué esquivarle.

Tras un cambio de saludos, me dijo:

—Quisiera entenderle, Lowell. Pero no lo consigo...

Me mantuve silencioso. Prefería que hablase él.

—Primero renunció a su puesto en estupefacientes. Y eso que había tenido éxitos. No creo que lo hiciese por miedo.

—Acierta, teniente. No fue por miedo. Ya le di mis motivos.

—¿Y ahora? ¿Cuáles son sus motivos? ¿Quiere que le cambie de compañero?

—¡Oh, no! No se trata de eso. Perkins es un chico excelente, aunque peca de ingenuo.

—Lo sé.

—No encajo bien en la policía, teniente, eso es todo. Y por lo mismo, me largo. No es cosa de ir cambiando de sitio.

—¡Ya...!

Aquel «ya» podía no significar nada. Y podía significar mucho.

Pensé que significaba mucho, porque no me pidió ninguna explicación más.

En cambio dijo, bajando la voz y endureciendo el gesto:

—Han intentado sobornarle. Alguno de sus propios compañeros.

Había dado en el centro de la diana de un asunto del cual él sabía tanto o más que yo.

Pero ni él ni un servidor podía presentar pruebas, porque tal vez nos cargaríamos a un desgraciado, pero no llegaríamos al meollo de la cuestión.

Bajé la voz también para decir:

—¿Quién habla de «soborno», teniente? Usted sabe que eso no es posible.

—Claro, no es posible. Le han ofrecido «la parte que le puede corresponder de lo que algunos ciudadanos, agradecidos a los servicios de la policía, han dado en nuestro beneficio, voluntariamente».

—Algo así, teniente.

—¿Quién?

—¿Y qué más da? El más infeliz. Siempre escogen a los infelices para abordar a aquellos de los que no están seguros que van a

«tragar».

Guardó silencio durante unos segundos. Y dijo finalmente:

—Es cierto.

—Que se encarguen de ellos los de la sección correspondiente.

—Tiene razón.

Tras otro lapso de silencio, dijo:

—Si tras haber rechazado el soborno, continúa usted en el cuerpo, le harían la vida imposible.

—Es lo que pienso.

—Nunca sabría quién es el compañero y cuál el que está dispuesto a tirar contra usted por la espalda.

—Han sucedido cosas de éstas, ¿no?

—Han sucedido. La posición mía no es mucho mejor que sería la suya de quedarse. Pero yo me debo quedar.

—Eso es cosa suya, teniente.

Tras otro lapso de silencio me dijo:

—Le deseo suerte... Y si me necesita, no tiene más que decirlo.

—Contaba con ello, teniente. Gracias. Tal vez llame una chica.

—¿Ligada al asunto de esa rubia que apareció en la playa?

—Exactamente. Se trata de Gene Forest. Ayúdela, o avíseme lo que considere usted más oportuno.

—Gracias por su confianza, Lowell. ¿Piensa solicitar licencia para actuar como detective privado?

—La he solicitado ya. Supongo que usted será uno de los que deberá informar.

—Sí, claro. Cuento con el informe que merece.

Seguidamente preguntó, mientras yo le daba las gracias:

—¿Cuenta usted con que tendrá enemigos entre los que han sido sus compañeros?

—Cuento con ello; pero como estaré solo, no confiaré más que en mí mismo; el problema será diferente.

—Cierto. Ha pensado usted en todo.

—He procurado pensar en todo. Si olvido algo, ya me lo harán recordar —respondí en tonillo humorístico, para quitar leña al fuego.

—Al fin sé el motivo por el cual abandonó usted la anti-droga.

Guardé silencio. Y ya saben, quien calla, otorga.

Nos despedimos, deseándonos suerte mutuamente.

En tanto, yo había averiguado que el auto que nos había seguido a Gene y a mí, desde el cementerio, tras el entierro de la rubia yugoslava, pertenecía a uno de los agentes que trabajaban para La Gaviota, la agencia de turismo en cuya oficina había prestado sus servicios Karen Fulton.

El mismo día en que me despedí del teniente Power, me encontré con Gene.

La linda morena en aquella ocasión no intentó esquivar. Tal vez porque comprendió que no le habría resultado fácil.

—Eres cara de ver...

—Trabajo y estudio: y no queda tiempo para nada.

—¿Ni siquiera para los amigos?

—Bien. Si me invitas a merendar, aceptaré. Y así me ahorraré la cena —dijo con jovial expresión.

—Tendré mucho gusto en ello.

Estábamos merendando cuando le pregunté de improviso, tratando de sorprenderla:

—¿Quién es Jack Power?

Sonrió. Y me respondió con seguridad:

—El teniente al cual debo de llamar si te necesito y no te puedo localizar personalmente.

Y seguidamente me dio el número del teléfono al cual debía hacer la llamada.

—Confías en la memoria.

—Más que en las notas. Las notas se pierden. Y los cuadernos con direcciones...

Seguidamente preguntó:

—¿Se ha encontrado algún cadáver más, como el de Tania?

—No, que yo sepa. A pesar de que he patrullado por aquella zona hasta hace un par de días.

Seguidamente preguntó, casi a quemarropa:

—Nos hemos visto alguna vez en estos días, ¿no?

—Alguna vez. Pero siempre te has escurrido.

Atacó la merienda demostrando auténtico apetito. Hasta el punto de que me hizo sonreír.

Y no sé por qué, se me ocurrió decir:

—Me gustaría casarme contigo.

No pareció sorprendida. Y respondió:

—Puedes hacerme la proposición en su día, si no temes que acepte, claro. Porque a lo mejor, acepto.

—Pienso que sería estupendo. Podrías seguir estudiando... Escribirías... Una vida de auténticos compañeros... —dije con absoluta sinceridad.

Pareció enternecerse. Y me acarició con la mirada.

—Yo también pienso que podría ser maravilloso... Lo será, si tenemos un poco de suerte.

—¿Y por qué no? ¿Qué has averiguado con respecto a Tania y a Karen Fulton? —pregunté de improviso.

No logré sorprenderla. Y dijo en respuesta:

—No recuerdo haber dicho que conociera a Karen Fulton.

—No me lo has dicho.

—Estaba segura de ello. Prefiero que no hablemos de tal asunto. Y me gustaría que no me siguieses... ¿Me das tu palabra?

—¿Y por qué no? Te doy mi palabra.

—Gracias.

—Aunque cuando te veo de lejos tienes algo subyugante que me atrae; y te sigo sin poder evitarlo.

Rió alegremente.

Y yo proseguí:

—¿Te han dicho que tienes unas piernas sensacionales?

—A veces oigo cosas, pero no hago demasiado caso. ¿Es cierto? —preguntó con ingenua picardía, algo que no le conocía.

—Sí, es cierto. Y unos movimientos de caderas, ondulantes que electrizan.

—Eso está bien, Terry. Me gustaría que siguieses pensando así cuando llevemos cincuenta años de casados.

Volvimos a reír alegremente.

Sin embargo, pude percatarme de que Gene realizaba un esfuerzo para apartar mi pensamiento del asunto que nos había unido: La muerte de Tania Kovaks; o Anne Ray, como se hacía llamar.

Naturalmente no cumplí la promesa que había hecho a Gene y la seguí; pero no esporádicamente, sino con regularidad.

Libre de la policía, le podía dedicar todo mi tiempo, que era mucho. Y el que no le dedicaba a Gene, lo dedicaba a La Gaviota y sus agentes.

Lo cual puso en mi camino en más de una ocasión a Gene.

Yo actuaba con la mayor cautela, y estoy seguro de que ella no me vio en ninguna de aquellas ocasiones.

Afortunadamente yo siempre iba preparado para cualquier eventualidad que pudiese surgir.

Y la pude seguir un atardecer en que ella, con algunas jóvenes más, salió de la oficina de La Gaviota y subió a un autobús que las aguardaba.

Autobús que, en tres lugares diferentes, recogió a más personas, en su mayoría jóvenes, tanto chicas como hombres.

Todos ellos llevaban equipaje ligero, como si se tratase de pasar unos días de excursión.

¿A Las Vegas? ¿Al desierto? ¿O al Parque Nacional Sequoia?

Eran lugares turísticos, junto con el lago Meade. Lugares que se frecuentaban, tanto particularmente como por medio de las agencias de turismo.

Pero la especialidad de La Gaviota era el mar. El Pacífico, en donde algunas jóvenes como Tania y Karen habían encontrado la muerte en un lapso relativamente corto de tiempo.

Decidí no seguir al autobús una vez estuvo cargado. Corría el riesgo de que sospechasen.

Y me arriesgué a adelantarlo, asegurándome después de que por parte de ellos no se me seguía.

Algo que comprobé pronto.

Cuando llegué al puerto aparqué, dejando el coche bien cerrado por si tardaba en volver a buscarlo.

Me dirigí al muelle en donde anclaban las unidades dedicadas al turismo, especie de salas de fiestas flotantes en donde bastante gente pasaba sus fines de semana.

No había ninguna dispuesta para la salida.

Temí haberme equivocado. Porque estaba convencido de que aquella salida de Gene podía ser su última salida, para terminar en el mar, como habían terminado Tania y Karen Fulton.

Antes de llegar al puerto deportivo descubrí dos embarcaciones de las que se dedican a dar paseos a la gente unas millas afuera del puerto.

No era ya la hora habitual de tales paseos. Y sin embargo, recibí la impresión de que dos de ellas estaban dispuestas para zarpar.

Con un poco de suerte...

En aquel momento vi de nuevo el autobús en que iba Gene. Se dirigía hacia aquella zona del puerto.

Estaba claro ya todo para mí.

Busqué afanosamente una lancha de motor que fuera capaz de seguir a cualquiera de las dos embarcaciones que se disponían a tomar pasaje.

Me resultó difícil encontrarla, pero lo logré. Todo fue luego cuestión de dólares. Y no regateé.

Seguidamente procuré asegurarme de cuál era la embarcación en que Gene tomaba plaza. Era la que debería seguir.

CAPÍTULO IV

Las dos embarcaciones, una vez a bordo la gente que había llegado en el autobús, soltaron amarras e iniciaron su desplazamiento, marchando la última precisamente aquélla en que había embarcado Gene.

La cual estaba muy ajena al hecho de que yo la había seguido y estaba dispuesto a continuar tras ella.

El patrón de la embarcación que yo había alquilado dijo:

—Sé bien adónde van. Podemos adelantarles.

—No tengo ningún interés en que las adelante. Prefiero que pasemos desapercibidos.

—Comprendo.

Recibí la impresión de que el hombre me había conocido como policía, hecho que no tenía nada de particular puesto que yo había patrullado bastante por aquella zona del puerto hasta hacía muy pocos días.

Sin embargo no hizo alusión alguna. Y se comportó con gran cuidado para evitar que nuestra maniobra fuese descubierta.

El mar estaba en calma, por lo cual nos desplazamos con rapidez y sin riesgo alguno, manteniéndonos distantes de las embarcaciones que me preocupaban.

Habríamos navegado poco más de seis millas marinas cuando descubrimos un barco de turismo que se mantenía al paio.

Las dos embarcaciones en que habían embarcado los turistas, se acercaban a él.

Rebasamos el barco a motor parado, maniobró hábilmente el patrón y poco a poco nos fuimos acercando al buque por la parte contraria a la que embarcaba el pasaje.

Detenida la motora, el patrón me señaló un cable por el cual yo podía trepar.

Antes de despedirnos le di una generosa propina. El hombre se

la había ganado.

Me dio las gracias con el gesto. Y también de la misma manera me dijo que se mantendría en absoluto silencio.

Luego, mientras yo trepaba, hizo que su lancha de motor despegara y se alejara en silencio, perdiéndose de vista pronto gracias a su conocimiento de las corrientes y a la ligera niebla que se había ido produciendo.

Una vez estuve en cubierta recibí la sensación de que la lancha motora que me había llevado hasta allí ponía su motor en marcha y se alejaba.

Todo ello con tanta habilidad que era improbable que nadie se hubiese podido dar cuenta de nuestra llegada ni de su marcha.

El desembarco de los supuestos turistas se producía en medio de gran alegría y movimiento, hechos que me permitieron desenvolverme con seguridad hasta lograr encontrar un escondite.

Y desde él pude ver a Gene. Ella no daba la sensación de sentir la mínima alegría. Y yo lo comprendí.

Se alejaron las dos embarcaciones.

Y la turística nave en que nos hallábamos inició la maniobra para empezar la primera singladura de aquel viaje, del cual yo no tenía ni idea de lo que podía durar.

El servicio del barco se había ido haciendo cargo de los pasajeros, a los cuales habían ido acomodando.

Y llegó un momento en que la cubierta quedó totalmente vacía, si bien no tardaron en ir apareciendo algunos de los pasajeros, ansiosos de respirar el húmedo aire marino.

Nos habríamos alejado otras seis millas del punto de partida, cuando comenzaron a encenderse luces con auténtica profusión.

Recibí la impresión de que habían aguardado a rebasar el límite de las aguas jurisdiccionales.

Algo que se debía tener en cuenta.

Había llegado el momento en que yo podía salir de mi escondite y mezclarme con el pasaje. Porque era imposible que el servicio conociese a todos los que habían embarcado.

Otra cosa sería cuando la nave llevase algunos días de viaje.

Comencé mi exploración, primero por cubierta, luego por el interior del buque.

Y pude darme cuenta muy pronto de que había una zona

reservada, a la cual el pasaje no tenía acceso.

Era otro dato digno de ser tenido en cuenta.

Hube de esconderme en dos ocasiones para no ser descubierto por Gene.

Ella también intentaba saber lo que sucedía en el barco, lo que había en él, fuera de lo que se mostraba habitualmente a los pasajeros.

No tardaron en abrir el comedor.

Y después del comedor, la sala de baile y las de juego.

La gente, una vez hubo cenado, comenzó a disgregarse, yendo cada cual al lugar de su preferencia.

Cerrado el comedor, se abrió el bar, cerca de la sala de baile.

Y se abrió asimismo la sala de proyecciones cinematográficas.

Sí, había de todo. Parece que hasta una biblioteca a la cual, por el momento, no vi que entrase nadie. Y eso que estaba abierta y había un servidor en la puerta de la misma.

Todo parecía normal por el momento. Sin embargo, mi sexto sentido me avisaba de que aquello que estaba a la vista, al alcance de todos, no era más que una tapadera de cosas que estaban en pugna con las leyes, y que podían haber motivado las muertes de cinco mujeres, jóvenes y lindas, como Karen Fulton y la yugoslava Tania Kovaks.

Tras otra vuelta en que me dejé ver por el bar y una de las salas de juego, retorné hacia el lugar en donde se hallaba ubicada la biblioteca.

No fue por azar, sino porque me pareció haber oído que se luchaba en aquella zona.

Cuando llegué estaba todo tranquilo, en silencio. Y a la puerta de la biblioteca se hallaba el mismo servidor que había visto antes.

Me dispuse a entrar en la biblioteca; pero entonces intervino el guardián de la misma.

—No está el bibliotecario, señor. Y en ausencia de él, no se permite la entrada.

—Como está abierta...

—La puerta está estropeada y no se puede cerrar, que no es lo mismo. Por eso estoy aquí de guardia. El bibliotecario abre a las diez de la mañana, hasta las doce. Por la tarde, de cuatro a seis. Podrá solicitarle lo que desee.

—Gracias... Es que no duermo bien si no leo antes un rato.

Estaba claro que debía retirarme si deseaba no levantar sospechas. El hombre había hecho un ademán de indiferencia ante mis palabras referentes al supuesto insomnio.

Yo no había cenado, suponiendo que no debía tener sitio en el comedor, en donde todo debía estar controlado.

En el bar comí un bocadillo y un pastel. Y lo rocié con buena cerveza, terminando con un café.

No sorprendió mi frugal cena. Otros pasajeros habían preferido también servirse en el bar.

No vi a Gene de nuevo, a pesar de haberme situado en dos lugares que resultaban estratégicos.

Y al fin me retiré a mi escondite, situado asimismo en lugar desde el cual podía ver todo lo que sucediese en cubierta.

A mi retiro llegaban las notas de música de la sala de baile. Y en ocasiones, el ruido que se producía en salas de juego, cada vez más animadas.

El tiempo iba pasando y la animación en el barco iba en aumento.

A veces salían a cubierta algunas parejas. Parecían acaloradas a juzgar porque, una vez en cubierta, en algún lugar poco visible de la misma, se aligeraban de ropa.

Hasta donde yo estaba llegaban rumores de risas mal contenidas, de suspiros y jadeos.

No comprendía aquello cuando en el interior de la nave, con toda seguridad que se disponía de cómodos camarotes.

Eran las tres de la madrugada cuando quedó sola la cubierta. Las parejas se habían ido retirando paulatinamente.

Seguía la animación en las salas de juego. Y había decaído en la de baile.

Tuve la impresión de que, si primero nos habíamos alejado de la costa, por entonces nos estábamos acertando a ella.

El barco se detuvo de nuevo, manteniéndose al paio otra vez.

¿A quién esperaban?

No tardó en emerger, de entre las sombras, un yate. No muy lujoso, pero sí limpio y rápido, según pude comprobar a poco.

Se situó junto a nuestro buque. Y poco después llegaban a cubierta hasta seis individuos. Todos ellos varones y ninguno joven.

Por lo que pude ver, deduje que se trataba de gente adinerada.

Se alejó el yate que los había traído. Y ellos, que habían sido tratados con suma deferencia por el personal encargado de recibirlos, desaparecieron pronto de cubierta.

Pensé que nuestro buque reanudaría la marcha de nuevo, inmediatamente, pero me equivoqué.

Aquello podía tener una significación poco agradable. Y recordé que hacía mucho tiempo que no había visto a Gene. Horas.

Rápidamente fue botada al agua una lancha provista de remos y de un pequeño motor fuera borda.

Un hombre joven, de aspecto decidido, ocupó un puesto en la lancha una vez que ésta hubo sido botada.

Me preparé para actuar. Estaba seguro de que, si no me ayudaba la suerte aparte mi decisión, no podría evitar que se consumase un nuevo asesinato.

Se produjo a continuación una especie de despliegue de servidores. Necesitaban asegurarse de que nadie iba a ser testigo de lo que iba a seguir.

Poco después sacaban del interior del buque una especie de fardo. Lo llevaban entre dos y podía corresponder a una persona a juzgar por sus movimientos.

El fardo fue descolgado por la borda y cargado en la lancha que esperaba abajo.

Se retiró la lancha del costado del buque, a fuerza de remos.

Y yo aproveché la ocasión, antes de que aquella especie de casino y garito flotante iniciase la maniobra, para descolgarme por un cable y entrar en contacto con la superficie del agua.

Fui entrando luego en ella lentamente, cuidando de no hacer ruido alguno.

Y me alejé nadando para evitar que el movimiento de las hélices, que no tardaría en comenzar, me afectase.

Poco después estuve a la vista de la lancha, en la cual había sido descargado el fardo.

El casino flotante iniciaba su maniobra para reanudar su singladura.

El individuo que se hallaba en la lancha no parecía tener prisa. Y dejó que el barco se alejase.

Yo hice lo propio, manteniéndome inmóvil en el agua, boca

arriba, dispuesto a conservar mis fuerzas al máximo.

Al fin el de la barca comenzó a remar.

Y yo le seguí nadando.

No remó mucho tiempo. Se detuvo, desenvainó un cuchillo y, pacientemente, con sumo cuidado para no herir a la persona que iba enfardada, comenzó a deshacer y cortar ligaduras.

Tal como yo había temido, la persona enfardada era Gene Forest, la cual no llevaba más prendas sobre su cuerpo que un escueto bikini.

La chica, una vez libre, se sentó en un banco. Parecía cansada, y como si le faltasen fuerzas para respirar.

Frente a ella, mirándola con codiciosa expresión, se hallaba el individuo.

Comencé a nadar hacia la lancha cuidando de no hacer ruido, temiendo que el individuo aquél tratase de abusar de Gene antes de arrojarla al mar.

Me dio la impresión de que ella carecía de fuerzas para resistirse.

Por su parte Gene experimentó temor de que el hombre la asaltase, y retrocedió ligeramente, encogiéndose, haciendo una especie de ovillo con su cuerpo.

El individuo, entonces, imprimió un fuerte movimiento de vaivén a la lancha, haciendo perder el equilibrio a la chica.

Y antes ele que ella se recobrase, la empujó con violencia, lanzándola al agua.

Seguidamente, antes de que ella emergiese, comenzó a remar.

Asomó Gene la cabeza. Comprendí que estaba asustada, muy asustada.

El individuo, con siniestra expresión, dijo entonces a la chica:

—Vamos, nada. Si me alcanzas, te recojo. Y si me prometes ser buena chica y no decir nada a nadie, te llevaré a la isla.

Gene dio la impresión de que se tranquilizaba. Y comenzó a nadar cuidando de sus fuerzas, de no agotarse demasiado pronto.

Aunque estoy seguro de que en su ánimo, en aquel momento, no había esperanza alguna de que el individuo la recogiese en la lancha.

Yo nadé con vigor por debajo del agua.

Claro, hube de salir un par de veces a tomar aire.

La segunda de ellas pude comprobar que estaba muy cerca de la lancha. Tanto que, si el individuo aquel no me descubrió, fue porque estaba pendiente de los movimientos de Gene, de mantenerse cerca de ella, pero sin permitir que lo alcanzase.

Volví a sumergirme y a nadar hasta entrar en contacto con la quilla de la lancha.

Y asomé de nuevo la cabeza por encima de la superficie del agua, por el lado contrario al lugar en donde se hallaba el individuo.

CAPÍTULO V

El fulano se burlaba en aquel momento de Gene, animándola a alcanzar la lancha.

Y recibí la sensación de que ella perdía ánimos.

Imprimí un fuerte movimiento de vaivén a la lancha para hacer perder el equilibrio al individuo.

Y antes de que él pudiese pensar en lo que se le iba encima, ya estaba yo a bordo y le atacaba.

Logré golpearle en la barbilla con uno de mis pies; pero quedé en situación comprometida.

El golpe no fue todo lo preciso ni eficaz que yo había pretendido. Y el individuo se rehízo pronto y, poniéndose en pie, me atacó con un remo.

Logré esquivar dejándome caer. Y lo zancadilleé, provocando su caída, una caída extremadamente violenta en la cual su cabeza chocó contra la borda, aunque fue capaz de paliar con una mano la dureza del golpe.

No obstante, quedó aturdido.

Pero el fulano aquel era duro, de los que aguantan bien el castigo.

Y cuando vio que yo atacaba de nuevo, imprimió otro vaivén a la lancha, movimiento que me hizo perder el equilibrio, derribándome.

No lo perdí de vista. Y pude ver que tomaba en sus manos el motor fuera borda, y que lo alzaba, disponiéndose a tirármelo a la cabeza.

Gene, que estaba ya cerca de la lancha, me gritó:

—¡Cuidado!

Pero yo no necesitaba el aviso. Alargué una de mis piernas, trabé al fulano y éste inició la caída.

Sin embargo, por paradójico que parezca, le salvó del golpe otro

vaivén de la barca.

Pero yo me había puesto en pie ya y, sin darle opción a que me lanzara el motor, le golpeé en la cabeza con el remo que había empuñado al levantarme.

Fue un duro golpe que le hizo poner los ojos en blanco. Y yo recibí la sensación de que lo había matado.

Intenté asirlo, no por él, sino para evitar la pérdida del motor. Pero un nuevo movimiento de la lancha lo lanzó a él con motor, me lanzó a mí y, cuando pude darme cuenta, de manera inevitable, me vi en el agua, con la lancha totalmente volcada.

Se perdió el motor; y el cuerpo del individuo aquel no tardó en salir a flote. Sangraba abundantemente. Y estaba muerto, según pude comprobar inmediatamente.

Se me había ido la mano al golpear.

Me así a la lancha. Y a mi lado surgió Gene que, en lugar de asirse a la barca, se abrazó a mí estrechamente.

La oí decir:

—He pasado un miedo terrible.

—No te esfuerces. Lo comprendo.

Me besó. Y me di cuenta de que su cuerpo temblaba al conjuro de las más contradictorias emociones.

—¿Vamos a ver si enderezamos esto y salvamos los remos? Porque el motor se ha ido al cuerno —dije yo.

Estaba tan emocionado como ella. Y resultaba agradable sentirla tan cerca de mí. Pero había que pensar en tener las máximas posibilidades para salir de allí con vida.

Porque, ¿a que distancia nos encontrábamos de la costa?

Seguramente a demasiada para llegar a ella nadando.

Gene se había dado cuenta también de que se imponía el sentido práctico, y me ayudó a volver la barca, poniéndola en la debida posición.

Lo hicimos de manera hábil, logrando que quedase en ella la mínima cantidad posible de agua.

—No subas a ella aún. Voy por los remos.

Hube de nadar para lograr mi objetivo; pero lo logré.

Y tuve la suerte de que en la lancha, atado con una fina cadena, hubiese un bote de metal, con el cual me puse inmediatamente a achicar agua.

El fulano que había resultado muerto en la lucha lo tenía previsto todo. Bueno, casi todo. Porque mi presencia le había sido tan sorprendente que le había costado la piel.

Al fin pudimos subir a la lancha. Y desde ella terminamos de achicar el agua.

Cuando lo hubimos logrado, nos sentamos frente a frente. Y nos miramos. Nuestras expresiones eran serias. Pero fuimos cambiando, y al fin rompimos a reír como dos niños, volviendo a abrazarnos.

Afortunadamente no hacía frío, sino todo lo contrario. Sin embargo, estábamos cansados y decidimos descansar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella al fin.

—Remar...

—¿Hacia dónde?

Señalé en una determinada dirección tras consultar la posición de las estrellas. Y dije:

—Hacia allí, hacia tierra.

—¿Estás seguro de que encontraremos tierra?

—Tengo mis nociones de navegación y de orientación. Llegaremos a tierra, si bien no sé cuándo, ni adonde iremos a parar.

—Nos turnaremos a remar.

—De acuerdo. Comenzaré yo...

Había asegurado bien los remos. Y remé con vigor, cuidando de sacar el máximo de partido a cada movimiento para no agotarme estúpidamente.

Cuando llevaba más de quince minutos remando, dije:

—Con un poco de suerte, pienso que no tardaremos en tocar tierra.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Los últimos que embarcaron, momentos antes de que te lanzaran al agua, llegaron en un yate. Procedían de tierra y ésta no debía estar lejos. Es una impresión, pero...

—Ojalá sea tal como dices.

—Hay islas frente a la costa continental. ¿Quién me dice que no llegaban de una de ellas?

—Cierto. Santa Catalina... Podría ser, ¿no?

—Podría ser. Es una isla bastante grande; pero nada, si se piensa con la inmensidad del mar. Pero tal vez tengamos suerte...

El cadáver del fulano que me había visto obligado a matar

quedaba atrás, muy atrás.

Y yo recibí la sensación de que había metido la lancha en una corriente favorable que nos empujaba hacia tierra, cosa que comprobé repetidamente por la posición de las estrellas, teniendo en cuenta además la hora que era.

¡Y tuvimos suerte!

Tras remar poco más de una hora descubrimos en el horizonte la silueta de una porción de costa.

Y nos volvimos a abrazar.

Gene, con febril expresión, dijo:

—Deja, ahora remaré yo. Lo has hecho tú todo...

—No quería que nos desviásemos...

—Ahora tenemos una referencia. Y hacer ejercicio me vendrá bien.

Cedí mi puesto a mi compañera de aventura.

Y ella remó con energía, con fe, mostrando unas condiciones y una capacidad extraordinarias.

¿Imaginan lo que sentimos cuando la quilla de la lancha rozó el suelo de una playa?

Salté y empujé primero, aprovechando el vaivén de las olas.

Seguidamente, con ayuda de Gene, tiré de la lancha. Y al fin logramos dejarla varada en lugar adonde aún llegaba el agua. Agua que, de momento, no podría arrastrarla hacia el interior del mar. Y si la arrastraba, ¿qué diablos nos importaba?

Volvimos a abrazarnos jubilosamente. Luego prendió la pasión en nosotros y nos besamos como si en aquel momento descubriésemos que estábamos hechos el uno para el otro.

Y la verdad era que estábamos hechos un lío. O dos tal vez. Uno cada uno.

Fue Gene la que despertó pronto a la realidad y se separó de mí.

—Vamos demasiado aprisa. Y hay cosas más urgentes en qué pensar.

—¿Como por ejemplo?

—Saber en dónde estamos. Buscar alojamiento, vestidos...

—Tienes razón.

Me despojé de la camisa que le alargué a ella:

—Toma, ponte esto. Sí, está mojada aún, pero ya se secará. Póntela antes de que se enfríe.

Me obedeció. Y volvimos a reírnos cuando danzó dentro de la camisa, desproporcionada para su cuerpo.

Seguidamente la remangó y la ató por las puntas a su cintura.

—Así estás mejor —aprobé.

Echamos a andar tomándonos de las manos, y fuimos subiendo hasta el montículo que limitaba la playa.

—A la gente le va a fastidiar que la despertemos tan temprano. Y no parece que en esta zona costera haya hoteles.

Vislumbré una luz a lo lejos, frente a nosotros.

Yo iba calzado mientras que Gene iba totalmente descalza. Por lo cual decidí cargar con ella sobre mis espaldas.

Y unos veinte minutos más tarde llegábamos a las proximidades de una granja.

Comenzaba a madrugar. Y tuvimos suerte. En la granja estaban levantados.

Nos recibieron un hombre y una mujer, los cuales nos miraron sin reflejar demasiada sorpresa, como si estuviesen habituados a espectáculos como el que podíamos ofrecer nosotros.

—Hemos sufrido un accidente —dije tras el saludo normal.

—Pues ustedes aún lo cuentan. Otros aparecen muertos en la playa.

—Nosotros habíamos descendido en un bote y hasta llevábamos motor fuera borda. Pero volcamos y... gracias que pudimos salvar bote y remos.

—Ha sido una suerte, sí.

—¿En dónde estamos?

—En Santa Catalina. Podremos proporcionarles habitación, comida y algo de ropa para la señora —dijo la mujer.

—Gracias. Afortunadamente podemos pagarles lo que hagan por nosotros.

Yo iba bien prevenido suponiendo algo de lo que me podía esperar. Y mi reserva de dinero la llevaba en una cartera envuelta en plástico.

Aquellas personas nos habrían atendido incluso sin dinero. Pero cuando mostré los dólares secos, en magníficas condiciones, se puede decir que fueron de cabeza por servirnos.

—¿Damos cuenta a la policía o no es necesario? —me preguntó el hombre.

Yo respondí algo que no era rigurosamente exacto:

—Soy policía en Los Ángeles...

Mostré el documento en el cual figuraba tal profesión. El hombre no quiso ni leerlo.

Poco después estábamos en una habitación con ropa suficiente, tanto en la cama como en toallas y prendas de vestir.

La mujer dijo:

—Esta ropa es de mi hija. Tiene aproximadamente su estatura, señora. Ella está en Los Ángeles, trabaja allí...

Nos señaló la ducha:

—Ahí tienen agua caliente para ducharse. Y ahora les traeré leche, pan, miel y mantequilla.

Sí, habíamos tenido suerte, mucha suerte.

Limpios, con los músculos bien relajados tras la ducha, entonando el cuerpo con los alimentos, nos dispusimos a acostarnos cuando ya despuntaba el día.

Me dispuse a arreglarme un lugar para dormir, cediendo la cama a Gene. Ella estaba muy graciosa con un pijama que le estaba holgado y un poco largo.

Se disponía a acostarse, cuando se cruzaron nuestra miradas. Y pareció sorprendida.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A dormir. Lo necesitamos, ¿no?

—Sí, claro. Pero yo he pensado que lo ideal para dormir es una buena cama. Y ésta lo es.

—Sin duda... —Hube de admitir.

Debo reconocer que la boca se me hizo agua. ¿Por la cama? ¿Por Gene? ¿O por ambas a la vez?

—¡No irás a decir ahora que tienes miedo! —señaló la atractiva chica.

—Más bien no...

—Entonces, ¿por qué no dejas de hacer el indio por ahí? La que lleva sangre india soy yo.

El diálogo se sucedía en voz baja, por si escuchaban. Aunque no creo que lo hicieran.

Gene, sentada en la cama, hizo flexionar el colchón. Y al fin se tendió. Seguidamente apagó la luz.

En el último momento su mirada reflejaba graciosa travesura. Y

por mi parte, ¿quién dijo miedo?

Me desplazé en silencio, me acosté y luego fui acortando distancias.

Cuando la sentí cerca, alargué ambas manos, las cuales entraron en contacto con su fina y cálida piel.

De nuevo nos abrazamos estrechamente, la besé, hundí mis dedos entre su cabellera.

Gene gimió débilmente.

Aquello era la vida, cuando tan cerca habíamos tenido la muerte.

CAPÍTULO VI

Nos levantamos tarde y, después de almorzar frugalmente, fuimos de compras a la ciudad.

Y apenas si mediaba la tarde cuando tomamos plaza en uno de los barcos que hacían el servicio entre Santa Catalina y Los Ángeles, con un recorrido aproximado de veintidós millas.

No habíamos necesitado ponernos de acuerdo para eludir hasta el momento cualquier comentario, alguna alusión sobre lo sucedido.

Una vez instalados en un rincón de cubierta, Gene hizo alusión a la ropa que le había tenido que comprar, Y dijo:

—Te estoy saliendo más cara que una hija tonta.

—Pienso que nos ha podido salir bastante más caro a los dos. Lo que se puede arreglar con un puñado de dólares, no se puede decir que sea caro.

—Tienes razón —dijo.

Seguidamente preguntó:

—¿Qué has averiguado?

—Prácticamente, nada. Dejé las averiguaciones para ti, mientras me preocupaba de tu seguridad.

—¿Es que me habías visto? ¿No estabas allí por azar?

—No cumplí la palabra que te di. Y estos días atrás me dediqué a seguirte, por encima de todo lo demás.

—¿Y tu servicio?

—He dejado la policía...

—¡Vaya! Menos mal que no te necesité.

—El teniente Power me habría llamado. Además, he estado más cerca de ti que nunca. Yo vigilaba cuando tomaste el autobús de La Gaviota a la misma puerta de la agencia.

Para ahorrarnos preguntas que no aclaraban nada, le hice entonces un resumen de mis movimientos.

—Lo demás ya lo sabes —dije al final.

Permaneció silenciosa, pensativa. Y finalmente dijo:

—¿Es que vamos a actuar juntos, a colaborar?

—Pienso que es lo mejor. La experiencia nos lo ha demostrado así.

—Tienes razón. He sido una testaruda.

—Tal vez no confiabas en mí.

—Sí confiaba. Pero quería ser yo quien descubriese la cosa e hiciese justicia a mi manera.

—¿Justicia o venganza?

—¿Y qué más da? —preguntó, señalando un encogimiento de hombros.

—La venganza está lograda. Ese fulano que las asesinó, está muerto.

—Cierto, en el supuesto de que sea el mismo.

—Debemos pensar que sería el mismo.

—No me conformo. Quiero a los demás; debemos destrozarnos para que no puedan hacer más daño.

—¿Qué te parece si en lugar de destrozarnos, los entregamos a la justicia?

—Ya salió el policía.

No lo dijo en tono despectivo, sino con cierto humor, como si quisiera fastidiarme.

Me encogí de hombros y dije:

—Algo hay que ser... Y lo que lamento es haber matado a ese fulano. Fue un golpe desgraciado.

—A mí me pareció un golpe maravilloso. Eso no era un ser humano, sino la peor de las bestias... Se burlaba de mí, gozaba de mi agonía... Y habrá hecho algo semejante con Karen, con Tania, con las otras...

—Eso es cierto.

—No se atrevió a violarme porque habrían quedado las huellas de su violencia, porque me habría resistido... Y ellos necesitan que las muertes parezcan meros accidentes...

Admití la idea con un simple movimiento afirmativo de cabeza.

Seguidamente pregunté:

—¿Cómo te pusiste en contacto con ellos?

—Pedían azafatas para atender al pasaje en un crucero de recreo...

—¿Fuisteis bastantes?

—Como azafatas fuimos solamente seis. Subimos al autobús en la agencia. Dos de ellas eran extranjeras. Supongo que las habrán entrado clandestinamente; como hicieron con Tania, como turistas. Luego las esconden y les dan una documentación falsa.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con una de ellas. No contestó con claridad, como tampoco habló claro Tania jamás. Pero queda la intuición, ¿no?

—Sí, queda. ¿De dónde eran ellas?

—Una me pareció italiana. La otra era portuguesa o brasileña. Estaba bastante asustada y por eso se confió algo a mí.

—¿Crees que harán con ellas lo que con las otras?

—Si se someten a lo que quieren de ellas, no las matarán. Al contrario, estarán bien tratadas.

—¿Y qué pretenden de ellas?

—Que hagan la vida «agradable» a determinados clientes ricachones, a los cuales no logré ver.

—Yo los vi. Llegaron al casino flotante ése muy poco antes de que se deshiciesen de ti. Es posible que los llevasen desde Santa Catalina, en su pequeño yate que se largó apenas los hubo descargado.

—¡Ya! ¿Y no pudiste fotografiarles?

—Llevaba equipo para ello; pero allí no había luz suficiente y, por otra parte, no era cosa de emplear el *flash*.

—No, claro...

—Apenas desaparecieren ellos en el interior del barco, sacaron el fardo dentro del cual ibas tú.

—¿Pensaste que podía ser yo?

—Todas las probabilidades estaban a tu favor —dije con ironía.

Antes que replicase, pregunté:

—¿Se puede saber qué viste? ¿Por qué te cazaron?

Gene, como si soñara al recordar, contestó:

—Ahora que ha pasado todo, tengo la impresión de que sospecharon de mí desde el primer momento...

—Seguramente que fue así. Cuando el entierro de Tania, nos espiaron...

—¡También podías haberlo dicho!

—No quise asustarte. Y decidí velar por ti...

—Eso resulta enternecedor...

No lo dijo en broma. Y pagó con un abrazo y un beso mis desvelos por ella.

—Vamos por partes —dije yo—. Ellos proporcionan chicas jóvenes y atractivas a esos ricachones.

—Sí.

—¿Te rebelaste?

—No. Me mostré dispuesta a dejarme querer. Iba armada y habría actuado según vinieran las cosas.

Lo dijo con energía, casi con fiereza. Y logró arrancarme una sonrisa.

—¿Qué más has podido averiguar? —pregunté.

—Aparte las distracciones a la vista, hay un par de salas ocultas, en las que se fuma opio y se suministra otra clase de drogas. El acceso está por la biblioteca. Y sólo dejan entrar a los que ya conocen, a los que tienen sometidos.

—¿Cómo lo has podido saber?

—Me gané la confianza de un joven profesor. Me pidió que le acompañase, prometiéndome los mayores placeres. Me dijo que con él me dejarían entrar y que se encargaría de iniciarme.

—¿Y llegaste a entrar?

—¿Para qué? Por allí ya sabía bastante... Por otra parte, si entraba allí, aquella sala podía convertirse en una trampa en la que podía quedar atrapada.

Aprobé con el gesto.

—Había otro aspecto de la cuestión. Yo no estaba allí para divertirme con un profesorcillo cualquiera, sino para «complacer» a los ricachones que deberían sernos presentados más tarde.

Iba a preguntarle por aquella parte del barco a la cual no dejaban entrar, ni siquiera a las personas de servicio.

Pero se adelantó Gene, para decir:

—Había algo que me intrigaba. Era una parte a la que no dejaban pasar a nadie. Precisamente fue ahí en donde me atraparon, cuando logré penetrar gracias a un descuido del hombre que vigilaba.

—¿Y qué viste allí?

—Prácticamente, nada; pero tengo la convicción de que en aquella sección del buque tienen el laboratorio en donde

transforman las materias primas para lograr el LSD y otros alucinógenos...

Miré a Gene con expresión que reflejaba asombro y alegría.

En aquella ocasión fui yo quien tomó la iniciativa. Y la abracé fuertemente.

—Pienso que has hecho el gran descubrimiento...

—Eso creo yo también... Pero tan pronto lo hice, me di cuenta de que me había condenado a muerte.

—¿Habrían descubierto las otras algo semejante? —pregunté.

—No lo sé. ¿Y eso qué importa ahora? Lo sabemos nosotros y es suficiente, ¿no?

—Por el momento, sí. Y volveré a ese barco a comprobarlo.

—Te asesinarían antes de que lograses nada. Aquello está muy vigilado y aún no comprendo cómo pude entrar yo... Por otra parte, a ti te conocen ya, a deducir por lo que has dicho.

—Hay disfraces, ¿no?

—Sí, claro, los hay. Y yo también me puedo disfrazar, ¿no?

—Tú ya has hecho demasiado; y en lo sucesivo, te mantendrás al margen de la lucha. Esto es cosa de personal especializado...

Lo dije con énfasis, tratando de impresionarla.

Creí que iba a protestar, pero no lo hizo. Claro que, también se podía haber reído de mí.

Pero no. Dio la sensación de que aceptaba la idea como buena. Sin embargo, yo que había ido aprendiendo a conocerla, me di cuenta de que estaba dispuesta a seguir adelante, a su manera.

A menos que yo la asociase al trabajo.

Y decidí que aquélla sería la mejor manera de neutralizarla.

Entonces dije:

—Bueno, me parece que no estás muy de acuerdo.

—No he dicho nada —respondió.

—Eso es lo malo. Trabajaremos juntos y lo que sea de uno, que sea del otro.

—Eso está mejor.

—¿Cómo se llama ese profesorcillo del cual te hiciste amiga, y que pretendía iniciarte en los paraísos artificiales de la droga?

—Mark Mason... Y precisamente es profesor de química.

—¿Técnico en la materia? —pregunté.

—No lo sé. Se las daba de eficiente. Pero tal vez no sea más que

un pobre diablo, un imbécil...

—Lo investigaremos. ¿Cuánto va a durar ese crucero? — pregunté.

—Diez días. Al menos, es lo que pagó la clientela normal...

—¿Pero había clientela normal?

—Alguno habría que lo fuese. Luego, si «pican» con su paraíso de las drogas, puede que todo sea diferente.

—Seguramente lo será.

Recordé los retozos de determinadas parejas en cubierta, sus escarceos amorosos.

Y no pude menos de reír.

Lo que me obligó a explicar a Gene el motivo de mi risa.

El casino flotante llevaba el nombre de Albatros. Por mi parte, no tenía idea del pabellón nacional bajo el cual navegaba.

Se lo pregunté a Gene, la cual, me respondió:

—No lo sé seguro, pero creo que es panameño.

—Panameño. Y procura mantenerse fuera de nuestras aguas jurisdiccionales.

—Pues sí. Es el motivo por el cual no llega a puerto y toma a sus clientes a una distancia que le pueda permitir salir a aguas internacionales con rapidez —señaló Gene.

—Total. La intervención de la autoridad se hace muy difícil, muy complicada, incluso estando las cosas claras... A menos que se les atrape en aguas jurisdiccionales —resumí yo.

—Vendrás a lo mío. A esa gente hay que barrerla si queremos que deje de hacer daño. Barrerlos a ellos, aunque se salve el barco.

—El barco no tiene culpa de nada, es irresponsable —bromeé.

—A veces, tú también pareces irresponsable. Menos mal que me gustas —dijo, dando por concluido el asunto.

Se acercó a mí y me abrazó una vez más.

Luego me preguntó:

—¿Vamos a vivir juntos?

—Lo que tú prefieras. Somos libres de hacer lo que queramos.

—No te voy a pedir que te cases conmigo —dijo Gene, sonriendo.

—Fui yo quien te habló de matrimonio. Y eres tú quien debe decidir.

—De acuerdo. Vamos a terminar nuestra tarea y luego, si

seguimos de acuerdo, podemos casarnos.

Seguidamente preguntó:

—¿Por dónde vamos a comenzar ahora, cuando lleguemos a Los Ángeles?

—Habrà que hacer una visita a la oficina de La Gaviota y tratar de sacar de ella el máximo de datos. Supongo que allí tendrán un archivo... Incluso un archivo secreto.

—Seguro que lo habrá. ¿Iremos los dos?

—Juntos hasta la muerte —bromeé.

—¿Vas a hablar con el teniente Power? —preguntó.

—He decidido que no. Nuestras acciones por el momento han de discurrir al margen de la ley. Por otra parte, no creo que él nos pueda servir de gran ayuda.

—Estamos de acuerdo. A veces da gusto hablar contigo —dijo.

Entrábamos en el puerto y nos dispusimos a descender. No quería estar entre los primeros, ni quedarme de los últimos.

CAPÍTULO VII

Gene y yo decidimos no separarnos.

Estábamos convencidos de que el enemigo atacaría. Y siempre nos defenderíamos mejor espalda con espalda que si nos pillaban separados.

Así pues, apenas nuestros pies en tierra firme, nos dirigimos al aparcamiento en donde debería estar mi coche.

Y allí estaba. No había faltado a la cita.

Antes de llegar a él nos cruzamos con el patrón de la lancha que me había llevado hasta el Albatros.

El hombre me dedicó un saludo silencioso, pero que reflejaba su alegría de volver a verme.

En un momento dado podía contar allí con un aliado. Cosa que nunca se debe despreciar.

Una vez en Los Ángeles, nos dirigimos al edificio en el cual se hallaba el apartamento en que residía Gene, departamento que compartía con tres chicas más y una mujer de mediana edad, que actuaba como si fuese una especie de administradora del dueño del inmueble.

Gene recogió lo que consideró más necesario.

Y la mujer preguntó:

—¿Es que no te has ido aún?

—Me he ido, he regresado y vuelvo a marchar.

—¿Vas a tardar mucho?

—No lo sé. Quince días, un mes...

Yo había quedado en el vestíbulo, aguardando.

Me di cuenta de que la mujer me dirigía una mirada escudriñadora y que decía luego a media voz:

—Mientras dure el amor, vaya.

—Una cosa así —fue la respuesta de Gene.

Gene, que tenía algún ahorro, pagó un mes de alquiler y anunció

antes de despedirse:

—Pasaré de vez en cuando por si hay algo de correspondencia. O por si me han traído algún recado.

—Lo que venga para ti, lo dejaré en tu habitación. Y si traen algún recado, tomaré nota y haré lo mismo.

—¿Hasta ahora no han preguntado por mí?

—No. He visto en ocasiones a un joven merodeando por la calle. Tal vez fuese ése que te acompaña.

Lo dijo también en voz baja, a pesar de lo cual lo oí perfectamente.

Cuando se reunió Gene conmigo, una vez en la calle, y mientras nos disponíamos a subir al coche, dije:

—Parece que es aficionada al espionaje.

—Alguien ha dicho de ella que pertenece a la CIA.

Reímos los dos de buen grado.

—En una ocasión colocó un micrófono en la habitación de una compañera, para enterarse de lo que sucedía y lo que se hablaba de ella —siguió diciendo Gene.

—¿No sería en la habitación de Tania, mientras vivió aquí?

—No hubo tiempo para tanto. Pero ¡calla!, recuerdo que fue en la de Karen Fulton...

Aquello no me gustó y pregunté:

—¿Cómo y cuándo se descubrió?

—Poco antes de la desaparición de Karen, desaparición a la que siguió su muerte... No había pensado en ello.

Le insté a que recordase más detalles.

—Verás... Mamie Fox nos habló de una conversación que había sorprendido en la habitación de Karen... Fue algo que sucedió entre Karen y un chico que la visitaba.

—Comprendo. Adelante.

—Luego, recordamos que, cuando la visita a que Mamie se refirió, ésta estaba fuera.

—¿Y si estaba fuera, cómo pudo oír la conversación? Ni por micrófono, ni escuchando tras un tabique o una puerta —hice ver yo a Gene.

—Pues es cierto. Entonces no pensamos en ello. Pero registramos y encontramos el micrófono.

—¿Pudisteis registrar la alcoba de esa bruja?

—No. Estaba cerrada con llave. Cuando le dijimos lo que habíamos descubierto, primero pareció sorprendida. Luego se rió. Y dijo que le divertía mucho recibir la transmisión de las escenas de amor.

Señaló Gene una pausa y prosiguió diciendo:

—La tomamos por una degenerada que se solazaba con eso. Pensamos que como a ella no le debe ser fácil ser amada por ningún hombre...

Yo había puesto en marcha el motor de mi auto. Gene, a mi lado, me miraba sonriendo con graciosa picardía.

Pero yo estaba preocupado.

Y le dije:

—La cosa no es tan inocente como tú imaginas. No creo a Mamie Fox capaz de montar una instalación como ésa. Por otra parte, piensa que las conversaciones que se produjeron en la alcoba de Karen en ausencia de Mamie, deberían quedar registradas en cinta magnetofónica...

—¡Pues es cierto! Eso es lo que hubo de ocurrir.

—Esa cinta no estaría siempre funcionando. Comenzaría a funcionar de manera automática cuando se produjeran ruidos o conversaciones en la habitación de Karen.

Gene comprendió entonces.

Y me pidió:

—Volvamos atrás, por favor... ¡Voy a subir y a estrangular a esa bruja!

—Tranquila, jovencita. Nosotros tenemos idea de su culpabilidad, mientras ella ignora que ha sido descubierta. Está a nuestra merced, ¿entiendes?

—A medias nada más.

—Podemos necesitarla para obtener noticias. Y ahora conocemos lo suficiente como para meterle el resuello en el cuerpo y obligarla a que nos sirva.

Pareció reflexionar.

Y al fin admitió:

—Está bien. Tú tienes más conocimiento que yo de cómo se deben llevar estas cosas.

Llegamos al edificio en donde yo residía, y dejamos el coche en el aparcamiento privado del mismo, y en el cual me correspondía

una plaza.

Seguidamente, por el ascensor interior, subimos a mi apartamento.

Antes de entrar en él, me aseguré de que no tenía ni había tenido visitas.

Y una vez dentro me alegró comprobar que la pieza era del agrado de mi linda compañera.

—¡Vives como un burgués, amigo! —exclamó satisfecha.

—Soy de familia burguesa, aunque a mí me haya dado por el arte —bromeé.

—¿El arte? ¿Qué arte?

—Coleccionar bellezas. ¿Te parece poco?

Prefirió no responder.

Y aunque parezca mentira, no hizo caso alguno de las fotografías femeninas que tenía yo adornando, debidamente enmarcadas.

Pero sí preguntó:

—¿En dónde dejo mis cosas?

Le señalé un pequeño armario y un lugar en el tocador del cuarto de baño.

—Puedes disponer de todo eso... Y de mí...

—Gracias... ¿Cuándo nos vamos a poner en campaña?

—Esta noche mejor que mañana.

—Eso me gusta. No eres de los que se duerme... Prepararé una merienda que nos servirá también de cena... No quiero engordar.

—Estás muy equilibrada de peso. Y el peso, muy bien repartido; y no creo que por kilo más o menos te estropees.

—A pesar de ello, prefiero no aumentar.

La dejé hacer y comenzó a instalarse primero; y cuando hubo terminado, a revolver en el frigorífico y la despensa.

Pareció satisfecha y se puso a preparar la merienda-cena.

Yo, en tanto, reflexionaba. Por el momento teníamos muy pocos asideros para acusar a los asesinos.

Y no era cosa de asaltar el Albatros a tiro limpio. Aparte de que tal vez los principales responsables no estarían en él.

Prácticamente era medianoche cuando aparqué lejos del lugar en donde La Gaviota tenía sus oficinas.

Gene y yo dejamos el coche. E hicimos a pie el resto del camino, deteniéndonos poco antes de llegar en donde se hallaban instaladas

las oficinas de la agencia de turismo.

La agencia estaba cerrada. Pero había luz en su interior. Aquello podía ser indicio de que alguien estaba trabajando aún.

—Habrá que esperar —dijo Gene.

En un momento dado vimos la silueta correspondiente a un hombre, el cual acudía a una llamada telefónica.

La conferencia duró poco, muy poco.

Y a continuación el hombre llegó hasta la ventana por donde salía la luz y cerró totalmente la persiana metálica.

—¿Lo conoces? —pregunté a Gene.

—Me ha parecido reconocerlo. Es el jefe visible de la oficina y se llama Ray Sullyvan.

—¿Él te conoce?

—Sí, claro. Intervino directamente en mi contratación.

No había terminado Gene su frase, cuando se abrió un postigo en la puerta de salida de la agencia.

Y Ray Sullyvan hizo acto de presencia.

El hombre me dio la impresión de que, antes de salir, escrutaba la calle, tratando de descubrir a alguien en ella.

Pero no lo hacía de una forma clara, sino procurando disimular.

Gene recibió la misma impresión que yo y me lo dijo.

En tanto, Ray Sullyvan había girado hasta damos la espalda y cerraba con llave, asegurándose luego de que había quedado bien cerrado.

De nuevo, cuando hubo terminado su tarea, volvió a mirar, empleándose asimismo con disimulo.

Pero era muy difícil que nos pudiese descubrir.

—Ese fulano recela algo —dijo Gene.

—El lugar es más bien solitario y siempre hay gente dispuesta a sorprender a otro para apoderarse de sus pertenencias —dije en tono frívolo.

—No estoy muy segura de eso. Más bien será que no tiene la conciencia tranquila.

—Pienso que esa clase de fulanos carece de conciencia —objeté yo.

—También tienes razón.

—Cuidado ahora —avisé a Gene.

Y la obligué a pegarse materialmente a mí y al lugar en que nos

cobijábamos ambos.

Llegaba un automóvil en sentido contrario a la marcha de Sullyvan.

Éste le había hecho señá y el del auto comenzaba a batir el terreno con sus luces cortas.

No nos descubrió gracias a la precaución que yo había tomado.

Y el fulano que iba al volante, tras maniobrar adecuadamente, cambió de sentido de marcha y fue a detener el auto junto a dónde Sullyvan le aguardaba.

Fue entonces cuando reconocí el automóvil, incluida la matrícula. Y pregunté a Gene:

—¿Has visto antes ese coche?

—No recuerdo haberle visto.

—Fue el que nos siguió a la salida del cementerio, tras el entierro de Tania Kovaks.

Una vez Sullyvan en el coche, éste se alejó.

Fue cuando Gene y yo, con las naturales precauciones, abandonamos nuestro escondite para seguir por la misma acera.

Cruzamos la calle por la esquina siguiente, aprovechando el paso de peatones.

Y volvimos sobre nuestros pasos, deteniéndonos cerca de la puerta de la agencia de turismo.

Yo había dado instrucciones a Gene.

Y sólo me bastó entonces con señalarle el lugar desde el cual debería vigilar la posible presencia de algún inoportuno.

Situada mi linda acompañante, me puse los guantes, tomé luego mis herramientas de «trabajo» y comencé a probar en la cerradura.

Yo soy un experto. La cerradura era fácil y el abrir fue cosa de un par de minutos escasos.

Gene me miró asombrada.

Y se apresuró a reunirse conmigo, entrando ella primero y yo después.

Cerrada la puerta por mí, comentó la chica:

—Nada de particular afuera... Y ahora, dime, ¿cómo has podido abrir tan pronto?

—Un poco de suerte y un poco de maestría.

—Por eso dicen que lo más parecido a un profesional del hampa, es un policía —replicó ella.

—Déjalos decir y vamos a lo nuestro.

Yo había encendido mi linterna de pilas para reconocer el terreno, aunque Gene me había hecho un tosco plano de lo que ella conocía.

Como medida de precaución, una vez hice un reconocimiento del local, busqué una salida para un caso de emergencia.

Seguidamente comprobé que las persianas estaban bien cerradas, que no se podía filtrar rayo de luz alguno hacia el exterior.

Gene, en tanto, había iniciado su trabajo en los ficheros, según el plan acordado.

Por mi parte pasé a la oficina privada de Ray Sullyvan.

Los cajones de su mesa de trabajo estaban abiertos.

Y en ellos, salvo alguna dirección o alguna cita, no encontré nada del mayor interés.

Dirigí la mirada a la caja de caudales. Era allí en donde debía estar lo que me podía interesar.

Pero ¿quién la abría?

CAPÍTULO VIII

Pensé en que debería llevar un especialista. Pero ¿a cuál?
¿Cuándo y cómo?

Me acerqué más a la caja, estudié el modelo.

Y me entraron ganas de reír.

Se trataba de un modelo anticuado y que había sido desechado precisamente por lo fácil que era de abrir.

Me disponía a entregarme a la tarea cuando se produjo algo que sería incapaz de definir, pero que me puso sobre aviso.

En la calle estaba sucediendo algo.

Y ese algo podía ir contra nosotros.

Salí adonde se hallaba Gene trabajando, y la avisé para que se dispusiera a seguirme.

Me dirigí a una de las ventanas protegidas por persianas.

Y tras apagar las linternas, hice jugar el mecanismo correspondiente para que se abriesen un par de rendijas.

Cubriendo la salida de la agencia se hallaban dos coches patrulla de la policía.

Y algo más allá estaba el coche en que se había ido Ray Sullyvan con el compinche que había llegado a buscarle.

No hice comentario alguno.

Reconocí, junto a Ray Sullyvan, al teniente James Copper.

¿Que si le conocía? Y tanto. Era precisamente el individuo por el cual yo había dejado la brigada antidroga.

Se trataba de un policía venal. ¿Saben lo que es eso? Pero yo no había logrado prueba alguna contra él.

Y por lo mismo había abandonado. Porque si él se vendía y había tratado de comprarme por medio de sus agentes, yo no me vendía.

Mientras decidía, recibí la impresión de que ellos se habían dado cuenta de que habían sido descubiertos.

Y si Sullyvan, en principio, parecía dispuesto a abrir la puerta con su llave, entonces retrocedió.

No quería encontrarse con la sorpresa de que le recibiéramos a tiros o a golpes.

Fue entonces cuando el teniente Copper reclamó un altavoz para dirigirnos una conminación.

No aguardé a que lo hiciera y, tomando una de las manos de Gene, tiré de ella y la obligué a seguirme en dirección a la salida que yo había previsto.

Salida que tal vez no tardarían en cubrir nuestros enemigos.

Llegados a ella hube de izarme primero a fuerza de puños y abrir.

Luego tiré de Gene y la alcé con cierta facilidad.

Salir por aquella especie de tragaluz no fue cosa fácil. Afortunadamente, Gene pesaba más bien un kilogramo de menos que uno de más.

Y tras ella salí yo.

Nos encontrábamos en una hermosa terraza.

Cerré la abertura y, tras orientarme, señalé a Gene el lugar ideal para escapar de aquella especie de encerrona que se nos había tendido.

Porque había sido una auténtica encerrona.

Una vez en la terraza, llegaron a nosotros las voces, dadas por altavoz, del teniente Copper, conminándonos a salir con las manos altas tras arrojar nuestras armas.

Nos reímos jubilosamente, a pesar de que el peligro no había pasado aún.

Gene y yo hubimos de trepar a otra terraza que estaba más alta que aquélla a la que habíamos salido.

Luego hube de abrir —a mi manera— otra puerta.

Aquélla daba a una escalera por la que, en lugar de bajar, subimos al octavo piso.

Lo atravesamos para descender luego hasta un callejón por las escaleras de emergencia.

Abandonamos el callejón rápidamente y cruzamos la calle.

El teniente Copper se había dado cuenta un poco tarde ya de que el pájaro podía volar, y había enviado gente para cubrir toda la cuadra.

Pero fue cuando ya nosotros la habíamos dejado.

Vimos llegar a los policías, los cuales cerraron el callejón por donde Gene y yo habíamos salido.

La linda morena sonrió. Había demostrado temple más que suficiente, no había estado asustada ni un solo momento.

—Un minuto más y nos atrapa —dijo.

—Eso ya lo hubiésemos visto.

—No hubieras tirado contra un policía.

—Ni siquiera llevo armas. Pero soy de los que zurren fuerte, cosa que algún día podrás comprobar.

—Ya me di cuenta cuando golpeaste al de la lancha.

Al recuerdo del asesino, se endureció su gesto.

Nos dirigimos hacia el lugar en donde había quedado aparcado mi coche. Y casi al mismo tiempo llegaron el teniente Copper y uno de sus hombres.

Hizo como que no me conocía. Y preguntó con brusca expresión:

—¿Ese coche es suyo?

—¡Claro que sí, teniente! ¿O cree que lo he robado?

—¡Vaya! Si es Lowell... Pues no, más bien llegué a creer que se lo habían robado para emplearlo en un hecho delictivo.

—No creo que lo hayan tocado siquiera.

—¿Se puede saber de dónde viene, Lowell? —preguntó acremente Copper.

—De ver a mi tía que está paralítica. ¿Soy sospechoso, teniente? —inquirí en tono burlón.

Gene hubo de realizar un esfuerzo para no romper a reír.

Vimos a Ray Sullivan que se había quedado a mitad del camino. Con él iba el individuo que lo había recogido en el coche.

Señalé a ambos y pregunté a Copper:

—¿No serán aquéllos los que han intentado cometer el hecho delictivo?

—¡Ni mucho menos! Ellos han denunciado que alguien había entrado en una oficina... Forzando una puerta y con nocturnidad.

—Hay mala gente por ahí, teniente. De lo contrario, la policía estaría de sobra...

Antes de que me pudiese responder, proseguí diciendo:

—De todos modos, yo de usted no me fiaría de esos fulanos.

—¿Sabe algo de ellos? —Tuvo la ingenuidad de preguntar.

—No, nada; pero no hay más que verles la pinta. Yo no los tendría como amigos.

Giré la llave del encendido poniendo el motor en marcha.

Y tanto Copper como su acompañante, no tuvieron más remedio que separarse del vehículo.

—Ya sabe que hay mucho granuja que se escuda en negocios de honorable apariencia, teniente. Y ahora me perdonarán...

Se habían separado lo suficiente para permitir mi salida, y puse el automóvil en marcha a la vez que les deseaba suerte.

Cuando nos alejamos, Gene pudo dar al fin rienda suelta a su risa.

Luego preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Irnos a dormir. Y mañana nos ocuparemos de Mamie Fox...

—Si me hubieras dejado retorcerle el cuello...

—Mamie nos va a servir mejor viva que muerta. Aparte de que no resulta agradable retorcer un grasiento y sucio cuello como el de ella.

Gene mostró su conformidad con un leve gruñido. Y se acercó mucho a mí, haciéndome sentir su perfume y el suave contacto de sus deseables redondeces.

Tuve una repentina idea cuando faltaban aún un par de cuabras para llegar hasta el edificio en donde residía.

Y metí el coche en un garaje público. No era la primera vez que lo hacía. Conocía al empleado de turno a aquella hora y le pedí:

—Por favor, que me lo laven y echen un vistazo al aceite. Lo recogeré a las nueve...

—Lo tendré listo a las ocho, si lo necesita.

Seguidamente guiñó un ojo con expresión de picardía, haciendo alusión con el gesto a mi linda acompañante.

Me limité a sonreír a la vez que le alargaba una propina.

Gene, una vez fuera del garaje, me dijo:

—Tienes amigos en todos los sitios, ¿no?

—Procuro tenerlos. Eso es bueno.

—Pero el coche estaba limpio.

—Así quedará mejor.

Extrañó a mi acompañante que diese un pequeño rodeo para no pasar por cerca del aparcamiento del edificio.

Luego, una vez dentro de él, empleamos el ascensor. Pero subimos dos pisos más del que nos correspondía.

Gene intuyó que no era capricho. Y se limitó a dejar hacer, sin preguntarme, sin hacer comentario alguno.

Luego de dejar el ascensor, descendimos dos pisos más, pero no por la escalera, ni tampoco empleando el medio mecánico. Usamos la escalera de incendios.

Sí, y entramos en mi apartamento por una ventana. Y sigilosamente.

Gene parecía divertirse con todo aquello. Algo que resultaba nuevo para ella.

Cerré la ventana antes de abrir la puerta de comunicación con el resto de la vivienda. Me fastidian las corrientes de aire, entre otras cosas porque podía avisar nuestra presencia.

Por señas hice comprender a Gene que debía quedar como fuerza de reserva.

Porque yo había escuchado ya un leve ruido que me había señalado presencia extraña en mi apartamento. Mis prevenciones no habían resultado infundadas.

Fui abriendo la puerta de comunicación muy lentamente.

Y no tardé en comprobar que eran dos los individuos que estaban en mi casa, aguardándome.

Habían apagado la luz, pero sus siluetas se recortaban contra los fondos claros de las paredes.

Además, me pareció descubrir que se habían divertido revolviendo cosas. Pero eso era algo que ya comprobaría más tarde.

Los dos fulanos estaban preparados para recibirme. Uno de ellos empuñaba una porra de goma. El otro una pistola, la cual llevaba ajustado su correspondiente silenciador.

¿Qué hubiesen pensado ustedes en mi caso?

Por contra, yo estaba desarmado. Y no tenía acceso al lugar en donde guardaba mis armas.

Gene asomó a mi lado. Y murmuró a mi oído:

—Esto no me gusta.

No respondí. Retrocedí y tomé una vasija de adorno. Era de bronce y pesaba lo suyo. Tuve la esperanza de que fuese más dura que la cabeza del pistolero, y que no se rompiera.

Volví a asomar. Afortunadamente, los dos individuos estaban

atentos a mi posible llegada por la puerta principal, y no tenían oídos ni ojos para otra cosa.

Medí distancias con la vista, me deseé suerte y realicé el lanzamiento con toda mi fuerza.

Zumbó el objeto lanzado en el aire y los dos fulanos se volvieron a mirar. Yo quedaba perfectamente visible en el marco de la puerta.

El pistolero inició un movimiento para apuntar con su arma.

Y yo inicié un salto para salir de lo que podía ser la línea de tiro, en caso de fallo por mi parte.

Siguió el ruido sordo del golpe y un gemido.

¡Había hecho blanco!

Cayó al suelo el cacharro tras haber alcanzado su objetivo y cayó asimismo la pistola del asesino.

Siguió el cuerpo de éste, cuya cabeza golpeó fuertemente contra el suelo.

Terminaba yo mi salto, di una voltereta y quedé de pie nuevamente.

Gene, siguiendo mis instrucciones, había asomado y había encendido la luz.

No necesité comprobar que el de la pistola tardaría minutos en poder llamar a papá o mamá.

Por su parte, el de la porra de goma, había tenido unos instantes de indecisión.

Al fin arrojó la porra en dirección a mi cabeza, y desplazó su mano derecha en busca de la pistola.

Yo había empuñado una silla. Y salté de lado esquivando la porra.

Y cuando el fulano no había tenido ocasión de airear el arma, ya me había situado yo de manera que pude golpearlo a placer con la silla.

El mueble era de buena madera y resistió bien el golpe.

La cabeza del fulano era bastante menos resistente pues, al choque, se le abrió una brecha por la que comenzó a sangrar escandalosamente.

Y el individuo cayó al suelo con inusitada violencia, tras girar como una peonza.

No tuve que esforzarme mucho para comprender que el individuo se había dormido. Aquellos fulanos no aguantaban nada;

y yo no comprendía cómo se habían dedicado a un tan duro oficio como aquél.

Me apoderé de la pistola de uno y luego de la del otro.

Todo había quedado en silencio.

Silencio que fue roto inmediatamente después por el repiquetear del avisador telefónico.

Acudí al aparato y pregunté escuetamente, haciendo que mi voz sonase bronca:

—¿Qué hay?

—Ha llegado un fulano y a poco le sacudo... Menos mal que me di cuenta de que no podía ser él...

—Eres un pedazo de bestia. Sube y lo aguardaré yo ahí —dije.

—Está bien. Voy...

Cortó la comunicación.

Y yo comuniqué a Gene lo que sucedía. Debíamos prepararlo todo para recibir dignamente al tercero de los pandilleros.

Inutilizamos a los otros dos atándolos y amordazándolos, tras asegurarnos de que las heridas no eran graves.

CAPÍTULO IX

En un lapso de tiempo relativamente corto, habíamos estado bordeando el fracaso en dos ocasiones.

Decididamente la cosa no era fácil. El enemigo era de cuidado y contaba con gente decidida, dispuesta a todo, incluido el asesinato.

De acuerdo con Gene, salí a esperar al tercero de los fulanos a la salida del ascensor.

Estuve a punto de pifiar, pues el individuo, apenas abierta la puerta, me descubrió y quiso volver a meterse en la caja metálica.

Pero lo saqué de ella de un zarpazo y a continuación le golpeé con la porra de goma en los músculos del cuello, por debajo de una de las orejas. Era uno de mis golpes favoritos, porque dejaba fácilmente a un hombre fuera de combate sin producirle gran daño.

Tras dormir al fulano, cerré el ascensor y arrastré a mi presa hasta mi apartamento.

Se quedó de una pieza cuando, al volver en sí poco después, descubrió a sus dos compinches, sangrantes y dormidos aún.

Antes de que despertase, lo había cacheado, despojándole de una pistola con silenciador, una porra de goma y una navaja.

Lo primero que dijo fue:

—Les avisé que era una locura...

Y es que el fulano aquel y yo nos conocíamos.

Era conocido en el mundo del hampa por Maxie el Loco. Y la última vez que nos habíamos visto, tras recibir una recia tanda de golpes, había tenido que prestarme un servicio.

Así, como suena. Había tenido que hacer de «soplón» en un asunto de drogas, cuando yo pertenecía aún a la brigada antidroga.

No le respondí. Sabía que mi silencio le impresionaría más que unos golpes. Aunque él sabía que éstos podían llegar.

Señalé al fin para una de las botellas que se hallaban sobre la mesa y dije a Gene:

—Haz el favor de invitar al granuja éste.

Gene escanció *whisky* en un vaso y me lo alargó. Le repugnaba acercarse a Maxie.

Tomé el vaso y lo fui acercando a la boca del granuja.

Pero cuando él se disponía a beber, le arrojé el líquido al rostro de forma que le salpicase, solamente le salpicase, los ojos.

Aulló de dolor, se llevó las manos a los ojos y se dejó caer al suelo. Una vez en él, sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos y se frotó en la parte lastimada.

Entonces le permití que se lavase con agua clara. Y al fin le ordené:

—Siéntate. Ya me conoces y sabes que no me gustan los cuentos...

—Puede estar tranquilo... Diré la verdad.

—Para atreverte a entrar en un asunto así, ha tenido que mediar algo de mucho peso. No habrá sido solamente por «pasta».

Me di cuenta inmediatamente de que había dado en el blanco. Sus ojillos vivos y menudos se achicaron y dieron la impresión de que giraban vertiginosamente en sus órbitas.

—Me han pagado bien. Necesitaba «pasta» —dijo al fin.

Fingí que no le había oído. Y proseguí diciendo:

—Hay un fulano que cayó, que está pudriendo sus huesos en la «trena» y que no tiene ni idea de dónde le vino el golpe...

Iba a protestar Maxie, pero yo le corté, diciendo a seguido:

—De acuerdo; me hiciste un favor. Pero fue a cambio de que yo olvidase algo, ¿no?

Maxie, que había empezado a sudar, dijo:

—Sí, claro. Pero yo...

—Puedes ir a explicarle eso a él. ¿Quieres que te envíe para allá? Tengo influencia; y hasta irías a parar a la misma celda.

—No me fastidie.

—Total, que si se entera de que eres un sucio soplón —proseguí implacable—, él no podrá salir a matarte. Pero te enviará a uno de sus amigos.

Tras un lapso de silencio, preguntó:

—¿Qué quiere de mí ahora? Ojalá no le hubiese conocido jamás.

Era sincero, eso estaba claro. Pero la vida es así y yo le hice ver que si no se hubiera metido a granuja, tal vez nos hubiéramos

ignorado hasta el día del Juicio Final.

—Pienso que debes estar en deuda con el teniente Copper. Como lo estuviste conmigo. ¿O no?

No esperaba que le entrase por allí.

Y se tambaleó, dando la sensación de que iba a desmayarse.

Cuando fue capaz de hablar, dijo en tono desmayado:

—Haga lo que quiera conmigo, Lowell.

—Gracias por tu generosidad, Maxie. Pero tú, que eres escoria, no sirves ni para abono. Por otra parte, yo no tengo nada que abonar.

Se dejó caer sentado el granuja. Sudaba copiosamente.

Yo miré hacia los otros dos fulanos, que continuaban dormidos.

—Nadie va a saber nada de lo que tú y yo hablemos aquí. Por otra parte, por tu declaración no podrían meterse con Copper. La palabra de un indeseable contra la de un brillante oficial de policía.

Al fin Maxie dijo en voz apenas audible:

—Copper me dijo que me pusiese de acuerdo con estos dos. No me dijo para qué...

—¿Y no te ofreció una buena colocación para más adelante? Sé que a Copper le gusta «redimir» a la gente, sacarla de la mala vida para encauzarla por el buen camino.

Yo hablaba con hiriente ironía. Sabía que Maxie me entendería.

El hombre dijo entonces:

—¡Usted es el mismo diablo! Lo sabe todo.

—Todo no. Pero también me enteraré del resto. Y despídete de esa colocación que te ha ofrecido Copper. No te va a convenir.

Seguidamente, señalé para el desorden que había en el pequeño comedor. Botellas, viandas, platos y vasos sucios.

Y pregunté:

—¿Por qué esto?

—¿No lo adivina?

—Tal vez sí, tal vez no. Pero me gusta oír tu candorosa voz.

Gene rompió a reír. Y Maxie sonrió conejilmente.

Luego respondió:

—Una vez muerto usted, se intentaría hacer creer que había estado de juerga aquí con amigos y amigas y que al final, en una pelea, lo habían liquidado.

—Diabólico plan, digno de Jim Copper. Ése sí que equivocó la

carrera.

Al fin los dos heridos habían vuelto en sí y cada uno forcejeaba por su cuenta por romper las ligaduras.

—Quietos, muchachos. Os quitaré la mordaza, porque ya no me importa que gritéis. Pero si no lo hacéis, mejor. Podría enfadarme y eso es mala cosa.

Calculé por encima el importe de los daños que habían causado, así como de lo que se había consumido. Y resumí:

—Son ochenta dólares. Me da lo mismo que pague uno solo como entre los tres: Pero hay que pagar: ¡Vamos, vivo!

Se miraron sorprendidos. Y Maxie comenzó a sacar el dinero a la vez que decía a sus compinches:

—Ya arreglaremos cuentas... Os avisé y no me equivoqué, muchachos.

Mientras ellos hablaban, yo llamé por teléfono a la comisaría a que había pertenecido hasta hacía bien poco.

Tuve la suerte de que el teniente Jack Power estaba de guardia.

Me di a conocer y, tras saludarlo, dije:

—¿Quiere dar orden para que recojan de mi apartamento a tres granujas? Han intentado asesinarme. Dos están heridos.

Tardó en decir nada. Al fin le escuché:

—Eso no me gusta nada, Lowell.

—Ni a mí, teniente; y eso que ha resultado divertido. Los he cazado a golpes.

Escuché su risa y luego dijo:

—Iré con la patrulla correspondiente.

—Me alegraré de verle, teniente. En particular, si con la patrulla le toca al teniente Copper.

Me dio la sensación de que se quedaba sin respiración.

—¿Por qué piensa que le puede tocar a él?

—Es una idea. Ya sabe que no me cae bien. Ni yo a él tampoco.

No hizo comentario alguno más, limitándose a decir:

—Hasta ahora.

Quedó cortada la comunicación.

Yo dirigí la mirada a Maxie, quien a su vez daba la impresión de que estaba como hipnotizado por mí.

Le dije:

—Era Copper quién debía acudir tras de mi asesinato, ¿no?

Se limitó a mover los ojos en sentido afirmativo. Sin embargo, dijo, para que le oyesen sus compinches:

—¿Y cómo quiere que lo sepa yo? Me tiene sin cuidado el turno que guarda cada uno de ustedes.

—Pues os debiera preocupar. Con unos os va mejor que con otros.

—Eso es cierto. Pero como no podemos elegir.

Se rió, como si aquello fuese el mejor de los chistes.

—Te voy a invitar a *whisky*, pero esta vez de verdad.

Y cumplí mi palabra. Claro, también invité a los otros dos granujas. A fin de cuentas entre los tres pagaban ya lo que habían estropeado, lo que habían consumido y lo que quedaba por consumir.

Incluso podía invitar por su cuenta a los policías que vinieran a hacerse cargo de ellos.

Antes de que llegasen Power y los hombres que le acompañasen, dije a Maxie:

—¿Sabes que he pedido la baja en la policía?

—No sabía nada.

Me dio la impresión de que la noticia le alegraba.

—Pero he solicitado ya licencia para actuar como detective privado.

Torció el gesto. Estaba claro que aquello no le gustaba. Y dijo en respuesta:

—Nuestra profesión se está poniendo muy difícil.

No tardó en llegar la policía con los tenientes Power y Copper al frente, aunque Power venía en calidad de amigo mío.

Los dos heridos recibieron a Copper como a un viejo conocido. Y hasta dieron la sensación de que, con su presencia, experimentaban no poco alivio.

Sin embargo, Copper les trató con tal dureza que Power tuvo que intervenir personalmente.

Por mi parte, dije a los dos granujas:

—¿Qué queréis? Los fracasos se pagan...

Copper me conocía lo suficiente como para saber que yo estaba al cabo de la calle de todo.

Y me miró con expresión que reflejaba el odio que sentía hacia mí.

Odio... y miedo. ¿Por qué no decirlo?

El teniente Power se daba cuenta de que estaba sucediendo algo grave entre nosotros; pero no tenía elementos para intervenir.

Copper me preguntó:

—¿De qué acusa a esos hombres, Lowell?

—Han entrado en mi casa en mi ausencia, sin permiso... Se han «invitado», se han «divertido»... Aunque luego han pagado el gasto.

Power estaba tan desconcertado como el propio Copper, al cual estaba yo respondiendo en inconfundible tonillo humorístico que, según dijo después Gene, levantaba ronchas.

Proseguí tras una pausa:

—Ahí tienen las armas que llevaban, tal como las llevaban. Sí, con el silenciador encajado. Por lo que he podido deducir, no querían escandalizar a los vecinos a la hora de los fuegos artificiales.

—¿Intento de asesinato? —preguntó Copper tratando de abreviar.

—Lo que usted considere mejor, teniente. Tal vez ellos declaren que sus pistolas eran para emplearlas al tiro al plato. Claro, va en opiniones.

Gene no se pudo contener y rió escandalosamente, con gran enojo por parte de Copper.

Power se limitó a sonreír. Luego comentó:

—La verdad es que llevaban un verdadero arsenal.

Copper había tomado algunas notas en su libreta. Y se decidió a terminar.

Se dirigió a Power para decirle:

—Me los llevo, Power.

—Voy con ustedes.

Yo estaba seguro de que a Power le hubiese gustado tener un cambio de impresiones conmigo.

Y yo, sabiendo que fastidiaría a Copper, le dije:

—Mañana iré a verle, teniente.

—Le esperaré.

Salieron al fin, dejándonos solos a Gene y a mí.

Ella me abrazó fuertemente y me dijo:

—Eres extraordinario... Comencé a darme cuenta de ello cuando lo de la lancha.

—¿Y qué pensaste de mí cuando recalamos en la isla de Santa Catalina? Sí, en la casa de aquellos granjeros...

No se desconcertó y me respondió:

—La verdad es que no me has dado tiempo a pensar... Sentí algo que no se puede explicar...

—Pero que se puede repetir —insinué yo.

Señaló para todo lo que había sucio y desordenado y dijo:

—Si me echas una mano, terminaremos antes de poner un poco de orden aquí, que falta hace... Y después, ¿quién dijo miedo?

Justo, ¿quién dijo miedo? Gene es una chica extraordinaria, poseedora de una piel fina, sensitiva... Y a mí me encantan las pieles femeninas.

Hay a quien le da por la de tigre, o la de oso... Allá ellos, porque no saben lo que se pierden.

CAPÍTULO X

Me levanté temprano. Y comencé por visitar a un detective privado que había quedado cojo en el ejercicio de su profesión. Y que desde entonces se había convertido en un buen auxiliar de sus compañeros y de la propia policía, la cual acudía a él en más de una ocasión.

Aparte de su memoria y de su gran práctica, poseía un archivo muy importante.

Y una casa punto menos que invulnerable, pues eran muchos los hampones que lo habrían asesinado a gusto.

Naturalmente, si daba informes, recibía datos para su archivo, aparte del pago en metálico por sus inestimables servicios.

No le podía hablar, por el momento, del asunto que llevaba entre manos; pero sí le hablé de Mamie Fox aquella especie de administradora del inmueble en que Gene tenía alquilada su habitación.

Le vi sonreír tan pronto la nombré. Y dijo seguidamente:

—Ese nombre es falso. Ella se llama Silvy Roben si la memoria no me es infiel.

Fue a uno de sus archivos y extrajo una ficha de él. Me la mostró.

Sí, la fotografía de la ficha correspondía a Mamie Fox, una Mamie Fox bastante más joven y atractiva.

Pero tanto su nombre como los demás datos estaban escritos en una especie de taquigrafía muy particular del amigo Bing.

—Sí, es ella. Aunque ahora está, no digamos más vieja, pero sí mayor y su aspecto es desagradable.

—Claro. Los años no pasan en balde. Además, ella no llevó una vida ordenada y eso se paga.

—¿Drogas? —pregunté.

—Sí, fue una habitual, aunque luego se sometió a una cura de

desintoxicación y parece que en ese sentido no ha vuelto a las andadas.

—Bien, eso no me importa. Necesito conocer sus relaciones de antes y de ahora. Y cuál fue su «especialidad», porque cuando está en uno de tus ficheros, es por algo.

—Traficó con la droga. Parece que de ahí vino habituarse a ella. Para lograr clientes compartía la droga con ellos... Chicos o chicas jóvenes...

Lo dijo con una expresión que no necesitó explicar más para hacerme comprender que junto con la droga actuaba una sexualidad desenfrenada, que lo mismo iba con chicos que con chicas.

Cuando lo desmenucé para asegurarme, Bing dijo:

—Sí, no tenía manías; y aún no se sabe qué sexo prefería...

Luego prosiguió:

—Su relación más importante fue con el hoy teniente James Copper. Entonces no era más que sargento. El la libró de una fuerte condena. Ignoro cómo lo consiguió, pero sé que lo hizo.

—¿Se relacionan aún?

—Pienso que mantienen una buena amistad. Pero nada de relación de sexo. Él anda con unas y con otras. Aunque tú lo debes conocer bien.

—Lo conozco bastante bien —dije.

—Creo que fue el propio Copper quien la colocó en una dependencia de una asociación benéfica que entre otras cosas, recoge a los drogadictos que desean curarse y carecen de medios económicos.

—Eso es muy loable —dije.

Y mi sexto sentido me avisó de que precisamente en ese lugar se podía gestar algo turbio, muy turbio.

—Ella se había curado precisamente en ese centro, al cual la había llevado Copper.

—Ese Copper es muy compasivo. Un benefactor de la humanidad —dije con ironía.

Mi amigo Bing captó la expresión y sonrió con picardía.

—¿Ella no está ya allí? —pregunté.

—No. Dio un par de escándalos con dos de los reclusos y tuvieron que quitarle el empleo.

—Pero no la abandonaron... —dije yo.

—No. El propio Copper se libró de ella poniéndola en una tienda de flores. Y al propio tiempo se encarga de administrar unos inmuebles en los cuales se alquilan habitaciones y apartamentos. Preferentemente a chicas.

—Todo muy moral, claro.

—Sí, mientras no se demuestre lo contrario —replicó Bing captando mi ironía.

—¿Y el dueño de esos inmuebles no será por casualidad el propio Copper?

—No; pero tal vez sea amigo de Copper. Se trata de un financiero de altos vuelos; además, un auténtico filántropo...

—¡No me digas! Esos «impecables» me huelen a chamusquina...

—Tú juzgarás. Se trata nada menos que del honorable señor Charles B. Miller...

La verdad es que me quedé sin saber qué responder.

Porque hasta el momento, nada había enturbiado la imagen que del señor Charles B. Miller se nos ofrecía frecuentemente en la Prensa, tanto en lo que se refería a su vida social como a la vida de los negocios.

Claro que, una imagen limpia, no es difícil, ni demasiado cara de fabricar con vistas al gran público. Y menos en un país como éste, en el que hasta los presidentes se fabrican.

Naturalmente, luego, cuando se escarba, comienzan a salir cosas y entonces puede llegar eso que los franceses llaman a la *débâcle*.

¿Qué sucedería cuando yo comenzase a escarbar en la vida y milagros del honorable señor Charles B. Miller? Porque eso era algo que iba a suceder muy pronto a menos que el teniente Jim Copper o Mamie Fox lo remediasen.

Bing me preguntó:

—¿Se puede saber qué llevas entre manos ahora? Aparte de tu servicio en la policía. Porque comprendo que...

—Dejé la policía, Bing. E investigo las muertes de unas chicas de ésas por las que nadie se preocupa. El, cadáver de la última lo encontré en una playa, cuando estaba de servicio...

Había respondido con la verdad porque sabía que se podía confiar en Bing.

Mi amigo torció el gesto. Su olfato de sabueso, tenidos en cuenta

los datos que yo le había solicitado y mi informe, le avisaban que el asunto era grave.

Y se limitó a decir:

—Ten cuidado, Terry. Particularmente con las sorpresas que puedan saltar.

—Pienso que ya han comenzado a saltar. Hasta pronto, Bing.

Yo había dejado sobre una mesa el precio que cobraba habitualmente por uno de aquellos servicios.

Me dio las gracias.

Y salí a la calle. Gene debía estar esperando. Y no quería que se impacientase y comenzara a actuar por su cuenta.

Nos encontramos con la falsa Mamie Fox cuando se disponía a salir para su tiendecita de flores.

No pareció sorprendida al vernos. Y nos sonrió amablemente.

—Me alegro de veros y de que seáis muy felices. Porque respiráis felicidad hasta por los poros —dijo.

—Pues sí, somos felices. Lo malo es que siempre hay gente que le quiere aguar a uno las fiestas —dije yo.

—¡No es posible! Aunque sí, hay gente mala...

Yo ataqué tan pronto se hubo cerrado la puerta a nuestras espaldas. Fue un ataque verbal.

—Sí, hay gente mala. Como una maldita zorra que se llama Silvy Robert —dije con erosiva expresión.

Palideció y hasta llegó a tambalearse.

Señalé un sillón y le ordené:

—Vamos, siéntate... A menos que prefieras llamar a Jimmy Copper para que esté presente en nuestra conversación.

Ella comprendió que debía sentarse y lo hizo. Miró para el teléfono que yo le había señalado; pero no se atrevió a alargar la mano.

—Puedes usarlo. Te he autorizado.

Gene, a la cual yo no le había dicho nada referente a mis últimos descubrimientos con relación a la falsa Mamie Fox, nos miraba reflejando en su expresión el más vivo asombro.

—No tengo por qué llamar a nadie... ¿Qué diablos sucede ahora?

—Aunque a grandes rasgos, conozco tu pasado. Y puedo ahondar hasta conocer detalles.

Intentó defenderse, diciendo:

—Todos pecamos, ¿no? Pero yo me he regenerado, me he curado...

—Que fueses drogadicta, que te gustasen y te gusten tanto las chicas como los chicos, es algo que no me importa; ni creo que a estas alturas te vaya a condenar nadie por eso.

Gene escuchaba en silencio, más asombrada cada vez.

Comprendí que la falsa Mamie Fox estaba ya tan asustada como lo había estado horas antes Maxie el Loco.

—La única persona, si es que se te puede considerar como tal, que se enteró de que Gene había regresado a Los Ángeles sana y salva, eras tú. Sí, y también la única que sabía que yo iba con Gene. ¿Está claro?

La falsa Mamie, cuando yo terminé de hablar, preguntó:

—¿Y a qué viene todo eso? Yo no sabía nada de Gene. Ni de ti...

—Parece que Copper no te ha hablado demasiado de mí.

—No conozco... —comenzó a decir.

Cuando vio que me disponía a golpear, se hizo un ovillo en el sillón.

Y pidió con angustiada expresión:

—¡Un momento, por favor! Estoy delicada... Me podrías matar.

—Karen Fulton, joven y linda, está muerta. Lo mismo ha sucedido con Anne Ray —intervino Gene.

—Yo no he tenido nada que ver...

Interrumpí para preguntarle:

—¿Por qué pusiste el micrófono en su alcoba? No me digas que te divertías escuchando sus escenas amorosas.

—¡Pues sí! Me divertía. Yo, ahora...

—No mientas. La espías para saber si había descubierto algo en la oficina; y qué era lo que había descubierto. Si había decidido denunciar lo que fuese... —acusé yo.

Casi sin pausa, proseguí acusando:

—Lo mismo que anoche, apenas nos largamos, avisaste que estábamos en Los Ángeles, que Gene había podido escapar y que no estaba sola...

Reaccionó de improviso y, poniéndose en pie, gritó en tono desafiador:

—Está bien. Supongamos que dije que estabais aquí, en Los

Ángeles. No hay ningún tribunal que me pueda condenar por eso.

Me dieron ganas de abofetearla, de verdad.

Y ella prosiguió desafiadora:

—En cuanto a mi nombre supuesto, es un seudónimo que uso y nadie me lo puede prohibir. La tienda está a mi nombre, mi pasaporte también es auténtico... ¿Qué podéis hacerme?

Ella no contó en aquel momento con Gene, que saltó como una pantera y la golpeó a derecho y revés, arrojándola de manera violenta al suelo.

Y si no llegó a patearla, fue porque yo lo evité.

—Tranquila, Gene... —recomendé.

—¿Es que esta sucia asesina nos va a desafiar aún? —preguntó Gene excitada.

—Tranquila —aconsejé, señalándole un asiento.

Luego me incliné sobre Silvy y la ayudé a que se levantara.

—Recuerda, Silvy. Hay dos asesinatos de los cuales eres cómplice. Y hay testigos. Y un tercer asesinato frustrado, que es el de Gene, del cual sabremos pronto si eres cómplice o no. Eso, con tus antecedentes, si tenemos en cuenta que tienes un asunto pendiente de sanción... Sí, el que te arregló tu amigo Copper. Y era bastante grave.

La falsa Mamie volvió a desplomarse psicológicamente tras aquella reacción. Y yo proseguí:

—Y esta vez ni Copper ni Miller podrán hacer nada por ti. Entre otras cosas, porque estarán también en el banquillo. Si alguien te puede tender una mano, ése soy yo... Ellos harán bastante con defenderse; y tratarán de salvarse a costa de quién, o de lo que sea.

Era algo que sucedía siempre en casos como aquél; y ella no podía ignorarlo.

—Si quieres ayuda, pues ya sabes. Algo tendrás que ceder por tu parte.

Siguió un lapso de silencio, lapso durante el cual Mamie Fox dio la sensación de que estaba sometiendo el asunto a un concienzudo estudio, pesando los pros y los contras de las diversas posturas que podía adoptar.

Al fin dijo:

—Está bien. Avisé a Jimmy que Gene había regresado, y que iba contigo.

—¿Tú sabías que la habían sentenciado a muerte?

—No hablamos jamás de eso. Pero teniendo en cuenta que Karen y que Anne habían muerto, podía imaginar que ella moriría también. Aunque él me aseguró que se había tratado de sendos accidentes.

—Sorprendisteis algunas conversaciones de Karen que fueron grabadas en cinta magnetofónica. ¿Qué había descubierto ella?

—No tengo ni idea; pero parece que pretendía hacer chantaje a los jefes de la agencia de turismo en que trabajaba.

—¿Y qué sucedió con Anne Ray?

—Era también una chantajista. Había conseguido fotografías de unos señores muy importantes. Eran unas fotografías comprometedoras...

—¿Se trata de esos señores que salen de la isla de Santa Catalina?

—Puede que sí. Nunca me dicen tanto...

—¿Qué sabes del señor Miller?

—Nada. Ni siquiera lo he visto nunca. Es un señor muy importante al cual Jimmy y yo debemos mucho.

De allí, por el momento, no se podría sacar ya gran cosa a menos que recurriese a la violencia. Algo que me repugna.

Decidí dejar tranquila a Mamie y se lo dije así, no sin antes hacer una imperceptible seña a Gene, para que comprendiese.

La falsa Mamie nos dio las gracias; y hasta lloró de agradecimiento.

Lágrimas de cocodrilo, naturalmente. Pero decidí que me debía dejar engañar.

CAPÍTULO XI

De verdad que me hubiese gustado enterarme de la conversación telefónica que Mamie debió sostener con alguien, apenas Gene y yo salimos del apartamento.

Cuando Mamie salió a su vez, minutos más tarde, parecía tranquila. Y no demostraba prisa alguna.

Cerró cuidadosamente y luego miró, como quien no hace la cosa, para asegurarse de que no la espiaba nadie.

—Eso significa que ha debido hablar con Copper. Y Copper la ha tranquilizado —dije a Gene.

Mamie se dirigió a su puesto de flores a la puerta del cual le aguardaba una chica joven, linda, delgaducha, de grandes ojos azules y pelo rubio y corto. Era su empleada de turno.

Abierto el puesto, comenzaron a arreglar la mercancía. Y me extrañó bastante que Mamie se quedase allí.

Me habría marchado para ir a dar una vuelta por las oficinas de La Gaviota. Pero pensé una vez más que la paciencia, el saber esperar, era una de las virtudes fundamentales en el investigador.

Y tanto Gene como yo nos quedamos en nuestro punto de observación, cerca del coche que, a su vez, estaba dispuesto para salir lanzado en un momento dado.

Nuestra paciencia se vio al fin recompensada. Un automóvil se detuvo ante el puesto de flores de Mamie. La persona que iba al volante era Jim Copper en persona. Sin embargo, el coche no era el suyo, ni tampoco el coche patrulla en que iba de servicio.

Copper llamó a Mamie con gesto imperioso. Ella, que estaba atendiendo a una cliente, se excusó con ésta, la cual pasó a la joven rubia del cabello corto.

Acudió Mamie hasta el coche. Copper había abierto la portezuela del mismo, invitándola a subir, cosa que hizo la mujer, no sin ciertas reservas.

Una vez en el vehículo cambió unas palabras con Copper, ordenó algo a la rubia y el coche, al fin, arrancó.

Gene y yo nos habíamos preparado para una eventualidad de aquel tipo y, tan pronto como Mamie se acercó al auto que llevaba Copper, abandonamos nuestro escondite.

Cuando la mujer se situó junto al granuja, nosotros nos apresuramos a ocupar asimismo nuestros asientos.

Arrancó el vehículo que conducía el venal policía.

Y nosotros le seguimos.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la matrícula del coche, manchada de barro intencionadamente, no era reconocible.

El auto a cuyo volante iba Cooper era más potente de lo que su modelo y su vetustez podía hacer pensar.

Y me costó bastante trabajo poder seguirlo.

Llegó un momento en que Copper se dio cuenta de que le perseguíamos. Y posiblemente, hasta reconoció mi coche.

Y lo que hasta entonces había sido una carrera veloz, se convirtió en una huida a la desesperada, intentando Copper por todos los medios deshacerse de nuestra presencia.

Curvas tomadas a una velocidad escalofriante, semáforos cruzados en rojo, saltos, subidas a las aceras... Frenazos en seco para evitar choques que habrían podido resultar mortales, patinazos, sustos a los peatones. Hubo momentos en que los neumáticos daban la sensación de que echaban humo y de que iban a saltar de la rueda.

Afortunadamente la zona urbana quedó al fin atrás.

Y yo avisé a Gene para que estuviese dispuesta a lo peor.

Ella, que se había colocado el cinturón de seguridad, me respondió con una sonrisa. Parecía estar en su elemento.

El coche de Copper, impotente para despegarse de nosotros, comenzó a hacer «eses», tratando de desconcertarme, queriendo evitar que intentara pasarle para cerrarle luego el paso.

Realizó Copper una maniobra casi inconcebible y nos vimos de nuevo en zona urbana cercana al puerto.

Se había situado Copper ceñido a la izquierda, como invitándome a adelantarle por la derecha. Yo no piqué en lo que consideré un cebo.

Y de pronto vi que abría la portezuela correspondiente a Mamie

y empujaba a ésta, lanzándola fuera del vehículo.

No oímos el grito de Mamie, aunque supusimos que se había producido.

El cuerpo de la mujer rebotó en el suelo y giró luego de manera violenta hasta quedar inmóvil al fin a unas yardas escasas del morro de mi auto.

Yo había iniciado el frenazo al advertir que Copper abría la portezuela de su vehículo.

Y frené en el espacio justo para no arrollar el cuerpo y llevármelo por delante.

Por su parte Copper, a quien había estado a punto de írsele de las manos la dirección de su vehículo, había vuelto a dominar éste.

Y tan pronto lo dominó hizo fuego con su pistola Contra nosotros.

Afortunadamente la velocidad, la incomodidad de la postura y los nervios, le hicieron fallar.

Oímos la sirena de un coche patrulla de la policía, que se acercaba velozmente.

Cuando se detuvo a nuestro lado y saltó uno de sus ocupantes, reconocí a Harolü Perkins, el que hasta hacía muy pocos días había sido mi compañero de patrulla.

No le dejé hablar y le pedí:

—Haz el favor de ponerte en contacto con el teniente Power. Dile de mi parte que haga el favor de acudir inmediatamente. Y pide una ambulancia, naturalmente.

Gene se había desprendido del cinturón de seguridad, había saltado del coche y se había acercado a Mamie.

No se atrevió a tocarla, siguiendo mis instrucciones. E instantes después me comunicaba:

—Vive aún; pero no creo que se pueda hacer gran cosa por ella.

El compañero de Perkins actuó con eficacia para que no se interrumpiera la circulación y no se acercase curioso alguno, cosa que en verdad suele resultar difícil.

En un tiempo que se puede considerar récord, llegaron por una parte la ambulancia y por otra el: teniente Jack Power, el cual me preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Ha sido cosa del teniente James Copper. Se me ha ido de las

manos, lo siento...

No necesitó que se lo jurara para creermelo.

Mamie estaba siendo atendida por el personal sanitario, que la había depositado cuidadosamente en una camilla.

Uno de ellos nos dijo:

—Ha recibido un par de balazos, prácticamente, a quemarropa... Y luego, el porrazo que ha debido ser terrible. Está deshecha.

—Pero ¿habla? —pregunté.

—¿Tan importante es?

—Mucho...

El hombre, que era el jefe del equipo, señaló un encogimiento de hombros y dijo:

—Está bien. De todas formas, dudo que llegue con vida al hospital.

Gene se encargó de seguimos en mi coche. Y tanto el teniente Power como yo subimos a la ambulancia.

No era muy regular, pero...

Mamie, bien atendida, logró abrir los ojos. Cuando nos reconoció a Power y a mí, comenzó a hablar, sin necesidad de que la interrogásemos.

Se daba cuenta de que no sobreviviría. Y quería dejar las cosas bien claras.

—Ese maldito Jim, es un asesino... El montó la agencia de turismo ésa, sí, La Gaviota. Lo hizo con dinero que le proporcionó ese otro indeseable que es Charles B. Miller.

A mí no me pillaba de sorpresa. Pero quisiera que hubiesen visto la expresión del teniente Power.

Mamie se dio cuenta de ello y dijo:

—¿Qué se creía, teniente? Hace años que debieran estar los dos en presidio. Miller es el dueño del Albatros, aunque el Albatros navegue con bandera panameña. Se las saben todas, se lo digo yo, teniente...

La cosa iba estando cada vez más clara. Y teníamos testigos de las declaraciones que hacía Mamie.

—Sí, teniente, Charles B. Miller... Se cubren haciendo un poco de bien, cuando han hecho y continúan haciendo un mucho de mal. Tienen una fachada limpia, pero por dentro están podridos, se lo digo yo.

Dio algunos detalles que no podían hacer dudar.

Cuando nos detuvimos a la puerta del hospital, tanto Power como yo teníamos materia más que suficiente para proseguir nuestra actuación.

—¿Qué va a hacer, teniente?

—Me encargaré de La Gaviota. Y de Charles B. Miller.

Sacaban a Mamie de la ambulancia. La mujer nos llamó aún para decir:

—Tonta de mí. Como no pude localizar a Jim, llamé a Miller para que se pusiera a salvo hasta saber lo que podía suceder... Y lo que hizo fue localizar a Jim para lanzarlo contra mí y que me suprimiese.

Sí, era algo en lo que yo no había pensado.

Antes de separarnos me dijo Power:

—Cuidado, Lowell.

—No se preocupe, teniente. Yo cargaré con aquello en lo que usted legalmente no puede intervenir. Y como no soy policía... Sólo le pido que me ignore si el escándalo es demasiado gordo... Estoy seguro de que Copper buscará refugio en el Albatros.

Era dar una buena pista al teniente, ¿no?

CAPÍTULO XII

Cuando llegué al puerto localicé inmediatamente el automóvil en que Jim Copper había huido. El vehículo había quedado abandonado cerca de la zona en donde se hallaban las embarcaciones de tipo deportivo.

Pensé que a Copper, desenmascarado ya, le tenía completamente sin cuidado dejar huellas de su pasa. Por otra parte, él podía suponer que yo le seguiría hasta el lugar en donde él tenía un refugio relativamente seguro: El Albatros.

Se lo hice ver así a Gene, que no me quería dejar ni a sol ni a sombra, consciente de que la lucha llegaba a su final y que tal final sería de una extremada dureza.

—¿No será una trampa que te tiende? No borra sus huellas para que le puedas seguir con facilidad, para darte caza.

—Cabe en lo posible. ¿Y qué? No voy a abandonar por eso.

—Tienes razón. Abandonar sería una cobardía, particularmente si se piensa en las víctimas que esos indeseables van dejando atrás en su carrera.

Estaba claro que Gene seguiría a mi lado.

Investigué. Y el hombre que me había llevado hasta el Albatros no hacía mucho, me informó sobre los movimientos de Copper. Éste, apenas llegado al puerto, había celebrado un par de conferencias telefónicas.

Y luego había embarcado en la nave que hacía servicio entre el puerto y la isla de Santa Catalina.

Me ofreció su embarcación para llevarme hasta la isla con sólo que pagase el combustible.

Agradecí su gesto, pero no acepté el ofrecimiento, diciendo:

—Tal vez él esté precisamente en el puerto aguardando nuestra llegada. Y puede habernos preparado un recibimiento que no nos gustaría —objeté.

Vi que Gene daba sensación de sentirse decepcionada. Pero le volví su ilusión con una sola palabra:

—Helicóptero.

El de la embarcación comprendió. Y me dijo en dónde podía encontrar el helicóptero que necesitaba.

Así pues, no había transcurrido media hora cuando ya Gene y yo estábamos en el aire, camino de Santa Catalina, tratando de descubrir el barco en que iba el desleal Jim Copper.

Sin embargo, como nos llevaba bastante ventaja, a pesar de que nuestro desplazamiento era más rápido, no logramos darle alcance.

Antes de llegar a la isla hice comprender al piloto del helicóptero que debía evitar la zona del pequeño puerto. Y lo hizo tal como se lo pedí.

Una vez en la isla eché pie a tierra mientras que Gene quedaba en el helicóptero. Me costó convencerla pero lo conseguí.

Me fui a investigar al puerto.

Y pude saber que Jim Copper había volado, tras aguardar casi media hora, aunque había dejado allí un pequeño comité de recepción al cual evité cuidadosamente. No tenía ganas de jaleos inútiles.

La suerte me ayudó entonces una vez más. Me enteré de que Jim Copper había tomado una embarcación rápida. Sí, una embarcación que hacía determinados servicios llevando clientes a aquella especie de centro del vicio que era el Albatros. Posiblemente la misma de que yo había visto desembarcar a aquellos seis individuos con aspecto de ricachones.

Aquello significaba que, posiblemente, el Albatros debía estar o llegaría pronto a aguas jurisdiccionales a fin de poder recoger a Copper.

Y yo debía evitar que el tal Copper pudiese llegar a su refugio y que el Albatros, tras recoger a su pasajero, se largase lejos a continuar su trabajo en otro lugar, teniendo como base otro puerto.

Entonces decidí informar al teniente Power, «extraoficialmente», según le recalqué cuando comenzamos nuestra conferencia telefónica.

—¿Qué piensa hacer, Lowell?

—Atacar a esa embarcación antes de que pueda llegar al Albatros. Apresaré a Copper.

—Y el Albatros escapará.

—No creo. Porque mi idea es secuestrarlo. ¿No se secuestran aviones con gente inocente a bordo?

Comenzó a gritar:

—¡No intentará...!

Corté la comunicación dejándole con la palabra en la boca. Le había dicho bastante. Y que actuase con arreglo a su conciencia.

Hice rápidamente mis preparativos. Y volví al helicóptero en donde Gene y el piloto me aguardaban. Ella con cierta impaciencia.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó la chica.

—He hablado con el teniente Power. Hay que detener a Copper.

No quise concretar más. Era una forma de hacer creer al del helicóptero que no actuaba por impulso personal, sino en cumplimiento de un deber profesional.

Y de nuevo muy poco después nos hallábamos Gene, el piloto y yo, surcando los aires, buscando una diminuta embarcación que se dirigía hacia el Oeste para llegar hasta el Albatros, que le saldría al encuentro, según mis cálculos.

Nos alejamos demasiado en nuestro vuelo. Y cuando decidí que debíamos regresar, descubrimos al Albatros, el cual se desplazaba todo lo más a tres o cuatro nudos por hora.

Aquello significaba que Copper no había llegado a él.

Pasamos lejos del Albatros, tratando de evitar que se fijasen en nosotros. Yo escudriñé en él con ayuda de unos gemelos.

El pasaje debía estar todavía descansando tras la orgía de la noche anterior. Y en cubierta apenas si se veían a seis o siete de los servidores del buque.

Fue entonces cuando descubrimos la embarcación en que llegaba Copper. Y casi al mismo tiempo fueron descubiertos desde el Albatros.

Los que se hallaban en cubierta se apresuraron a acudir al costado del barco por donde la lancha lo debía abordar, para desembarcar en él al granuja que perseguíamos.

Rápidamente tuve que cambiar mis planes; y lo comuniqué así al piloto del helicóptero.

Debía dejarnos sobre la cubierta del Albatros aprovechando que el personal del mismo que se hallaba en cubierta, estaba pendiente de la llegada del desleal policía.

Antes de descender le dije:

—Si ve unidades de la policía que se dirigen hacia este punto, acompáñelos, ya sean helicópteros o embarcaciones.

—Descuide.

Comencé a descender. Gene me cubría.

Parecía imposible que no nos hubiesen descubierto ya.

Al fin puse el pie en cubierta y corrí a situarme. Gene iniciaba ya el descenso. Y por otra parte Jim Copper era ayudado a subir.

Apenas el granuja puso el pie en el Albatros, descubrió la presencia del helicóptero. Y reconoció a Gene, que terminaba su descenso y ponía también pie en cubierta.

Señaló para la chica y todos giraron la mirada hacia ella. El helicóptero reanudaba ya el vuelo.

Y Jim Copper echó mano a su pistola, sí, la misma con que seguramente había matado a Mamie Fox.

Grité para distraerlo:

—¡Date preso, Jim Copper!

Gene aprovechó para correr hasta el lugar que había elegido como parapeto. Y Copper comenzó a tirar contra mí, intentando sorprenderme.

Fue Gene la que hizo fuego entonces contra él. No lo tocó, pero le obligó a saltar. Y cuando iba por el aire fui yo quien disparó. Y en el aire mismo sufrió una violenta crispación. Mi bala le había dado de lleno y, cuando chocó contra el suelo, recibí la sensación de que estaba muerto.

Los del Albatros desenfundaron sus armas. Era gente dispuesta a luchar, tal como yo había presumido.

Cruzamos fuegos Gene y yo y en cosa de décimas de segundos barrimos la cubierta. Tres de ellos cayeron al mar mientras que dos quedaron en la misma cubierta y otros corrieron a refugiarse en el interior del buque.

Los perseguí con saña, dispuesto a que no escapasen. Gene, bien en su papel, me cubría perfectamente.

Una vez dentro del buque, continuamos haciendo fuego por una y otra parte.

Estaban asustados y desmoralizados por algo que no esperaban; y aquello fue mi suerte.

Deseaba llegar yo hasta el laboratorio donde transformaban la

mercancía.

Me persiguieron con sus disparos.

Gene, a su vez, había abandonado la cubierta y les perseguía.

Y de pronto se produjeron dos explosiones que conmovieron el buque.

A las explosiones siguió el humo negro, denso. Y las llamaradas.

Era lo inesperado, incluso para mí.

Corrí al encuentro de Gene, a la cual tomé de la mano. Había que aprovechar el momento para huir.

Tal como estaba el asunto, era lo único que podíamos hacer.

Salimos a cubierta y nos dimos cuenta de que el helicóptero no nos abandonaba. Estaba allí, pero no se atrevía a acercarse al Albatros.

Nos reconoció y le hicimos señas. Por su parte nos hizo ver que debíamos arrojarnos al mar.

Y fue lo que hicimos.

Poco después el piloto nos recogía, primero a Gene y después a mí.

En el Albatros había despertado todo el mundo y la gente, asustada, había aparecido en cubierta.

Comenzaban los trabajos para ser botadas al agua las lanchas de salvamento.

Nosotros no podíamos hacer nada por ellos y nos alejamos. Pero no habíamos volado mucho más de una milla cuando descubrimos lanchas rápidas de la policía, que se dirigían al lugar del siniestro.

Aquello significaba que el teniente Power había comenzado a actuar antes que yo y había alertado por teléfono a la policía marítima.

Yo deseaba que el Albatros no se hundiera para que pudiese quedar claro mucho de lo que sucedía allí.

No se hundió el Albatros, el cual, tras ser sofocado el incendio provocado por algunos de los disparos, fue remolcado a puerto. Y allí quedó claro todo lo que había sido aquella casa flotante de placer, aquel cementerio flotante explotado por gente sin conciencia.

Me alegré de que todo el pasaje fuese salvado, sin una sola pérdida humana.

Estalló el escándalo. La Gaviota fue clausurada, los negocios con

la inmigración femenina terminaron, y los de las drogas sufrieron un rudo golpe, en particular Charles B. Miller y sus secuaces, a los que se les cayó la careta.

Según la versión oficial, todo había comenzado cuando un pasajero, en un repentino ataque de locura, había comenzado a disparar. Claro que ni al helicóptero, ni tampoco a Gene ni a mí, se nos nombraba.

Se dijo también que el oficial de policía Copper había muerto en la acción contra los que conculcaban la ley. No se decía cómo, claro. Y así todo quedaba mejor.

El teniente Power me felicitó, clandestinamente, claro está.

Pagué bien al del helicóptero. Se lo había ganado.

Gene y yo, después del remojón, una vez en Santa Catalina, buscamos refugio en la misma granja que conocíamos y en la cual nos conocían.

Nos recibieron con la mejor sonrisa. Y nos proporcionaron alimentos, ropas, calor, etcétera, etcétera, por un módico precio.

Allí estaba de nuevo la maravillosa Gene junto a mí. Era lo único que había ganado. Y la satisfacción de haber librado a la humanidad de una especie de nefasto pulpo.

Pero, satisfacción por satisfacción, me quedé con Gene, plena de vitalidad y de alegría. Y con una suave y perfumada piel que resultaba estremecedora.

FIN

UN SERIAL QUE ENTERNECERÁ A TODOS LOS CORAZONES FEMENINOS!

¡¡LORENA!!



¡LA DESGARRADORA HISTORIA DE UNA POBRE HUÉRFANA, A QUIEN TODOS QUERÍAN CONVERTIR EN UNA MALA MUJER!

¡EL PRIMER SERIAL DE

Corin Tellado.

LA AUTORA MÁS LEÍDA DEL MUNDO, EN APASIONANTES EPISODIOS SEMANALES ¡ESCÚCHELA DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISORAS DE LAS CADENAS REM - CAR Y CES. ¡TODA ESPAÑA PENDIENTE DE LORENA! UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (E)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA

55

TAS.

